EL TEATRO MODERNO

4953

MANUEL LINARES RIVAS

LA GAVIRA

7

50 CENTIMOS

PRENSA MODERNA

EL TEATRO
MODERNO
AÑO I 12 DICIEMBRE 1925 NUM. 11

Manuel Linares Rivas

LA GARRA

DRAMA EN DOS ACTOS

Estrenado en el Teatro de la Princesa, de Madrid, el 21 de diciembre de 1914

PRENSA MODERNA
MADRID

PERSONAJES

Sol de San Payo.
Doña Esperanza Espiñeira.
Santa San Payo.
Primitiva.
Piluca.
Doña Tadea.
Mariquiña.
Doña Ursula.
Paca.
El marqués de Montrove.
El Cardenal Espiñeira.
Alvaro del Real.
Don Tirso.
Don Acisclo.
Don Antero.
El Padre Muiños.
Marcelo.
Un familiar del señor Cardenal.

La acción en Campanela, una ciudad que vive muerta, como Brujas, como Salamanca, como Toledo, como Santiago...

Epoca actual. Derecha e izquierda, la del actor.

ACTO PRIMERO

Una gran sala, en un gran caserón, alta de techos, recia de muros y con fuertes puertas de nogal labrado. Las colgaduras fueron chillonas, pero el tiempo ha suavizado el color; los muebles, con el clásico estrado, son amplios, sólidos y ricos; los cuadros, pocos, grandes y de asunto religioso, tienen el fondo oscuro y el oro de los marcos apagado; sobre una mesa de tablero de mármol, la reproducción en marfil de un crucero de caminos con cuatro gradas, el grupo de la Dolorosa con Cristo yacente en el regazo, y luego la cruz de brazos anchos y cortos; una pequeña vitrina y objetos de cristal. En el testero, un retrato grande del Cardenal Espiñeira, primo de los señores de la casa y actual Prelado de Campanela. En un ángulo, otra vitrina grande. El piso es de madera; sobre la alfombra, un brasero de bronce. Una gran araña de cristal, centrada de velas y que no se encenderá. Unas luces eléctricas, que contrastan, por lo mismo que son elegantes y modernas, con el tono austero y mohoso de la sala. La comodidad, venciendo y arrinconando a la severidad, demuestra una vez más que todo tiempo pasado fué peor... Es de noche; en abril. Llueve.

ESCENA I

Primitiva, Tadea y *Ursula.*

(Tadea y Ursula, sentadas en sillitas de paja, cosen los capuchones y los antifaces. A su lado otra silla pequeña, con un traje de máscara abandonado sobre el asiento, como si alguien hubiera dejado momentáneamente la labor.)

PRIMI. *(De pie; pausa, trabajando.)* Muy primoroso le va a salir eso, doña Tadea.

TADEA. Espero que sí, Primitiva.

URSU. Si hace un mes nos hubieran dicho que nos-

669631

otras mismas prepararíamos los disfraces de nuestras hijas para el baile de máscara de esta noche..., ¿qué habríamos respondido?

PRIMI. De fijo que arrenegarían.

URSU. De fijo. Y, sin embargo, así es...

TADEA. Cuando usted deja que vaya su Mariquiña, y yo mi Piluca, alguna razón tendremos.

URSU. Muchísimas. Mire: que no es en época de bailes públicos, y, por consecuencia, que nadie puede figurarse que se trata de buscar una diversión extemporánea.

TADEA. Exacto. Páseme la cera, ¿quiere?...

URSU. Que el motivo de allegar fondos para sostener la Santa Institución, inclinó el ánimo de su Eminencia para autorizarlo.

TADEA. Exacto. Y Su Eminencia, ¿cómo sigue?

PRIMI. Bien del todo.

TADEA. Yo le mandé el jueves unos hojaldres que hizo mi Piluca.

PRIMI. Le sabrían a gloria. ¡Qué manos tiene para los primores esa hija de usted!... Bueno; de casta le viene al galgo ser rabilargo.

TADEA. Me supera Primitiva; me supera.

PRIMI. ¡Es cuanto se puede decir en alabanza de unas manos!

TADEA. Gracias, mujer. Tome la cera, doña Ursula, y perdone. Siga...

URSU. ... Y que nosotras no podíamos negarnos, cuando la marquesa de Montrove organiza el festejo y cuando irá lo mejorcito de Campanela.

TADEA. Exacto, sí, señora.

URSU. Iniciativa que salga de esta casa, tiene que ser muy laudable, y en persona de tantas virtudes como la Marquesa, y de tantísimas como hay en su madre, que, por reunirlo todo en este mundo, es hasta prima hermana de nuestro amantísimo Prelado, no puede admitirse ni un asomo de pecado en sus ideas.

PRIMI. Pues la señora vieja le refunfuña una miaja...

TADEA. Claro. Preferiría que el dinero se recaudara de otra manera más piadosa, pero los fieles andan

un poquito retraídos, y no hay otro remedio sino el de buscar las limosnas con sonajas y cascabeles.

URSU. Exactísimo.

TADEA. Pero nosotras podemos tener la conciencia tranquila. No cabe duda de que es permisión de Dios cuando el señor Cardenal lo autoriza; pero confesemos que también parece cosa del diablo.

PRIMI. ¡Ay, no lo nombre, doña Tadea, que es sábado y anda suelto!

TADEA. Dices bien.

PRIMI. Conjúrenlo, por si acaso.

TADEA. *(A un tiempo.)* ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! *(Y las*
URSU. *tres luego de haberlo dicho lentamente y espa-*
PRIMI. *ciado, se persignan.)*

PRIMI. Conviene tenerlo a raya, que el enemigo es enredador, y los sábados, que le dan licencia para fechorías, son muy peligrosos.

URSU. Verdad es.

TADEA. Verdad. Páseme la cera, doña Ursula, que el hilo está empecatado y hace nudos a cada momento.

ESCENA II

Dichos y el *Padre Muiños*, por el foro.

P. MUI. Buenas noches.

PRIMI. Buenas noches.

TADEA. ¿Llueve?

P. MUI. Llueve, sí, señora.

PRIMI. Pero ¿quién le conoce, padre Muiños?... Nuevo el manteo... ¡y nueva la sotana! ¡Ay, qué dineral le habrá costado!

P. MUI. Mucho, mucho...

PRIMI. ¿Se lo hizo en casa de Longeira?

P. MUI. No, no. Bien pude, que nada escatimaba en el gasto esa bondadosa señora doña Soledad

de San Payo, marquesa de Montrove, a quien sus íntimos, en refulgente abreviatura, llaman Sol, y los desvalidos llamamos sol y bendición, ángel y señora.

PRIMI. ¿Se lo mercó doña Soledad? Pues no me lo dijo.

P. MUI. Siempre hace a un tiempo dos favores: el de hacerlo y el de no decirlo. Pero en mí está la deuda de proclamarlo.

PRIMI. Son muy buenos mis amos, ¿verdad usted?

P. MUI. Esta casa es la predilecta del Señor. Si aún corrieran las horas de fundar tronos, de aquí saldrían príncipes y reyes, ungidos por la gracia divina.

PRIMI. Yo no digo que sean reyes.

P. MUI. Ni yo; digo que lo merecen.

PRIMI. ¡Ay, eso sí, señor!

P. MUI. Doña Esperanza es la digna compañera del Patriarca don Tirso de San Payo; el Marqués, un caballero honrado y leal; los pequeñuelos, dos angelotes, que ya demuestran en sus nueve y diez años la estirpe generosa de donde proceden; la señora Marquesa, como la mujer fuerte de las Sagradas Escrituras, propaga su nombre y su raza, la enaltece y glorifica a Dios, en ella y en los suyos.

TADEA. Exacto, padre Muiños; aquí se ve la mano de Dios. ¿Me da esa condenada cera, doña Ursula?

URSU. Quédesela. ¿Y qué calaverada es ésta, padre Muiños; que usted no es trasnochador?

PRIMI. Le habrán dado los hábitos ahora y vendrá a lucirlos...

P. MUI. No, no. Es que hoy viene aquí el señor Cardenal Arzobispo, y como yo tengo la desgracia de que no me permitan el acceso a Palacio, ha querido la señora Marquesa facilitarme esta ocasión de hablarle...

PRIMI. ¡A ver si le dan un curato, hombre!

P. MUI. No pido tanto. Que me devuelvan las licencias para predicar y decir misa... y ganarme el

pan. No es decoroso que mi pobreza vaya siempre detrás de la limosna.

TADEA. Y para la entrevista, le pusieron tan elegante, ¿eh?

P. MUI. Para eso, sí, señora; para eso. No estaría bien que yo me presentara deshilachado y mugriento ante Su Eminencia... ¡No estaría bien, ni aun para hablarle de la miseria y del hambre que padezco injustamente! (*Ursula y Tadea se miran, bajan la cabeza y siguen trabajando. Pausa.*)

URSU. Siéntese, padre...

ESCENA III

Dichos y *Santa,* por la derecha.

SANTA. Hola, padre Muiños.

P. MUI. Buenas noches, doña Santa.

SANTA. Primitiva: vete en un vuelo a llevar esos dos billetes, que los piden de casa de don Victorio.

PRIMI. ¿Y yo voy a ir de noche por esas calles?

SANTA. Andan los dos muchachos en recados también. Vé, que no te comerá el galán.

PRIMI. No me dieron susto cuando era razón de tenerlo, conque ahora, figúreselo... ¡Pero el pasar yo sola por las Animas!...

SANTA. Reza un Padrenuestro.

PRIMI. En eso ya estaba..., pero como le llevo billetes de condenación y es sábado..., ¡le tengo miedo de veras, doña Santa!

SANTA. Aligera, aligera; que hay prisa.

PRIMI. Bueno... (*Y remoloneando, mutis por el foro.*)

SANTA. (*Sentándose a coser.*) ¿Llueve, padre Muiños?

P. MUI. Llueve, sí, señora.

TADEA. ¿Y la Marquesa?

SANTA. Vistiéndose.

TADEA. ¿El traje que le mandaron de París?

SANTA. Para eso lo pidió.

URSU. ¡Me dijo Mariquiña que es de los escotados!...
SANTA. Un poco.
URSU. A ver qué será ese poco, porque de París viene cada escándalo...
SANTA. Acérquese, padre. Ya está hablado el señor Arzobispo; con que usted le diga una palabra de respeto, le perdonará.
P. MUI. Se la diré.
SANTA. *(Cariñosa siempre.)* Y no vuelva a las andadas, que ya ve usted las consecuencias.
P. MUI. No volveré, no. Es decir, yo deseo no volver a causar un enojo a Su Eminencia, ni a nadie... Pero ¿quién me responde de mí mismo, cuando mi gran torpeza consiste precisamente en figurarme que predico la verdad?
TADEA. No debe ser mucha verdad, cuando le amonestan.
P. MUI. Cierto, sí, señora; y yo reconozco humildemente que la verdad es la de ellos, la de mis jefes y superiores: que en esta gran milicia de Cristo, en donde todos somos iguales, la razón va por puestos y por jerarquías...
SANTA. Mire, padre Muiños, mire: pida el perdón sin comentarios, y procure no discurrir nada, ¿sabe?
P. MUI. Lo haré, que a ello estoy decidido...; pero a veces me pasa que discurro sin querer.
SANTA. Pues corríjase, que le conviene más.
P. MUI. Lo sé perfectamente. *(Entristecido.)* Al ponerme estas sotanas...—ésta, no; la otra: la raída y la lustrosa!...—yo pensaba que mi voz se debía alzar contra todas las injusticias de la tierra; y si eran injustos los hombres, contra los hombres tendría yo razón; si era injusta la ley, contra la ley prevalecería mi voz...
SANTA. No discurra, no discurra.
P. MUI. *(Sonriendo.)* Es un vicio..., lo reconozco. Y ya sé que para conservar esta sotana—ésta, la nueva...—haré mejor en cambiar el sonido de la voz y el eco de las ideas...
URSU. *(Aparte a Santa.)* Es un buen hombre, pero

díscolo. El señor Doctoral lo dice, y cuando lo dice el señor Doctoral, no falla.

SANTA. Puede ser.... Hágalo, padre Muiños.

P. MUI. Lo haré. Y voces e ideas y convicciones, todo junto irá al arca de los secretos, y al arca le pondré siete llaves y siete cerrojos...

TADEA. Ya verá qué bien anda sin ese peso.

P. MUI. Sí, señora; sí, señora.

ESCENA IV

Dichos y *Doña Esperanza,* por la izquierda.

ESPE. ¿No concluyen?

URSU. Unas puntaditas...

TADEA. ¿Y los nietos?

ESPE. No hay quien los haga dormir... Están excitados con la curiosidad de ver los disfraces.

SANTA. Es natural.

ESPE. *(Al padre Muiños.)* ¿También a usted se lo parece?...

P. MUI. Sí, señora... *(Rectificándose en seguida.)* No, señora.

ESPE. Para que sepa usted a qué atenerse, cónstele que mi primo el señor Cardenal Arzobispo, transige con este baile; transige solamente. ¿Ha comprendido usted? Y yo exijo que esta noche oigan sus exhortaciones y que mañana ayunen, preparándose para confesar y recibir pasado mañana.

P. MUI. Lo encuentro muy acertado.

ESPE. Y respecto de usted, le perdona por mis ruegos y porque yo he salido fiadora de la corrección de usted en lo sucesivo.

P. MUI. Doña Esperanza, correcto lo fuí siempre.

ESPE. Díscolo. El señor Doctoral lo califica así...; pero aún confío en que hará usted honor a la generosidad de su Prelado, y al afecto de quienes le garantizamos.

P. MUI. Sí, señora.

ESPE. Tirso desea hacerle a usted estas mismas observaciones.

P. MUI. Las oiré con toda atención. ¿Está en su despacho? ¿Puedo ir? *(Mutis por la izquierda.)*

ESCENA V

Dichos, menos el *Padre Muiños;* luego, *Paca*, por la izquierda.

ESPE. Si fuera dócil, ya le habríamos hecho canónigo, porque es bueno y es listo; pero esa rebeldía de sus palabras lo mata; verdaderamente lo mata.

URSU. Verdaderamente.

PACA. Señorita, los niños la llaman.

ESPE. No dormirán, no El enemigo anda por la casa. *(Mutis por la izquierda Esperanza y la muchacha.)*

URSU. ¿Termina, doña Tadea? ¡Vamos a probárselo a las niñas!

TADEA. Vamos. ¿Y usted?

SANTA. Cuestión de minutos, y voy también. Pero no entren en el cuarto de Sol; quiere darnos la sorpresa del vestido.

TADEA. Bueno. *(Recogen sus labores y sus dos sillas, y mutis por la derecha.)*

ESCENA VI

Santa y *Alvaro*, de uniforme, por el foro. *(Una pausa.)*

ALVA. *(Desde la puerta, a media voz.)* Buenas noches, Santa.

SANTA. *(Sonriendo, pero sin alzar la cabeza.)* Trabajo.

ALVA. Bien hecho. *(Pausa.)*

SANTA. *(Teniéndole miedo al silencio.)* ¿Llueve?

ALVA. Llueve.

SANTA. Como siempre en Campanela... *(Pausa.)*

ALVA. ¿No están los tíos?...
SANTA. Sí, sí; estamos todos.
ALVA. *(Acercándose lentamente.)* Santa...
SANTA. ¡Ay!
ALVA. ¿Qué es?
SANTA. Un pinchacito..., nada.
ALVA. Dios quiere proporcionarme un minuto a solas contigo. Bien sabes que no los busco; al contrario, que los rehuyo...; pero cuando Dios lo quiere, ¿no lo querrías tú, Santiña?
SANTA. ¿Para qué?... Si yo tuviera que elegir entre la amistad tuya y la de todos, todos juntos, elegiría la tuya. Estás convencido, ¿verdad?
ALVA. Y yo todo por ti. Posición, carrera, fortuna, nombre, todo, por lograr tu cariño. Estás convencida, ¿verdad?
SANTA. Pero es imposible...
ALVA. ¡Siempre el imposible!
SANTA. Siempre...
ALVA. Pero ¿tú comprendes bien el absurdo de estar aguardando eternamente por quien no viene ni vendrá?
SANTA. ¡Es una fatalidad enorme! ¡Es una injusticia enorme el que yo me vea ligada a un marido que me despreció, que me robó mi pequeñísima fortuna, y del que no he vuelto a saber desde hace diez años si está vivo o si está muerto!... ¡Es un vínculo absurdo... completamente absurdo...; pero es un vínculo... y me liga!
ALVA. ¡Rómpelo!
SANTA. ¿Cómo?
ALVA. ¡Viniendo a mí!
SANTA. *(Levantándose.)* ¿De amante? ¡Eso, no! Soy muy desdichada, tengo un miedo horrible, pavoroso, por si algún día la caridad y la protección de estos parientes me faltara; creo en ti absolutamente, ciegamente, sin una duda siquiera... ¡Pero no renuncio a mi conciencia! ¡Eso no!
ALVA. ¿Y cuál es la culpa de que puede acusarte tu conciencia? Van diez años de abandono..., ¡diez

años!, sin una noticia, ni mala ni buena; sin una noticia de ese hombre, que probablemente ahora estará pudriéndose en cualquier rincón de cualquier sitio adonde le llevaron sus fechorías y sus aventuras... Me parece que es plazo sobrado de resignación para que tu conciencia se halle tranquila y para que la conciencia de los demás te justifique y te absuelva en el porvenir.

SANTA. No, Alvaro, no. Sin que las leyes me desliguen, yo no contraeré ningún lazo.

ALVA. ¿Las leyes? Pero las leyes reclaman una prueba material... ¿Y si no la tienes?

SANTA. ¿No hay lo que llaman una presunción de muerte?

ALVA. Sí hay, sí. Pero ¿tú sabes el tiempo que marcan las leyes para declarar la muerte presunta del ausente?

SANTA. ¿Mucho?

ALVA. ¡Treinta años!

SANTA. ¡Treinta años!

ALVA. ¿Y tú crees que hay justicia, que hay derecho, que hay razón para decirle a una mujer de treinta años que aguarde otros treinta años para pensar en rehacer su vida, deshecha por culpa de otro?... ¿No ves el absurdo de aguardar a la vejez para dejarte ir con afán de juventud?

SANTA. *(Resignada.)* Pues no iré jamás.

ALVA. Pero es un crimen contra tu propia naturaleza, contra la vida, contra el sentido común...

SANTA. Es verdad, pero no iré.

ALVA. ¡Ven, Santa, ven!

SANTA. No.

ALVA. ¡Santa!

SANTA. ¡No!

ALVA. ¡Santa!

SANTA. No.

ALVA. ¡Pero es absurdo!

SANTA. Sí.

ALVA. Y monstruoso,

SANTA. Sí.
ALVA. ¡Y desesperado!
SANTA. Sí.
ALVA. Y comprendiéndolo...
SANTA. *(Atajándole.)* ¡No! ¡No! ¡No! *(Se sienta, coge la labor para trabajar, pero aniquilada se echa a llorar, tapándose la cara con el traje del disfraz.)*
ALVA. *(Con ira.)* Bien está. Seguiremos en la ridícula espera de años y de siglos... pero esas lágrimas de hoy y las de mañana, no las pongas en la cuenta desdichada, sino en la cuenta de las cobardías inútiles.
SANTA. *(Alzándose vivamente.)* ¡Alvaro! ¡No puede ser! ¡Ese hombre vive!
ALVA. ¿Lo sabes?
SANTA. No, no lo sé. Pero si hubiera muerto, Dios me lo diría con alguna revelación.
ALVA. ¡No! Cuando Dios no te reveló antes que ibas a casarte con un canalla y con un bandido, no aguardes ahora por revelación ninguna.
SANTA. *(Espantada.)* ¡¡Alvaro!!
ALVA. *(Yendo.)* ¡Santa! ¡Santiña mía!...
SANTA. *(Retrocediendo)* ¡No!
ALVA. *(Despechado.)* ¡Pues no! *(Pausa; sonriendo forzosamente.)* ¿Está don Tirso?... Voy a saludarlo, con tu permiso... *(Mutis lento, por la izquierda. Santa llora, descubriéndose vivamente al sentir que entran.)*

ESCENA VII

Santa, Ursula y *Tadea,* por la derecha.

URSU. ¿Qué le pasa?
SANTA. *(Queriendo sonreír.)* Me pinché...
URSU. A ver...
TADEA. ¿Con quién hablaba?
SANTA. Con mi primo Alvaro...
TADEA. No mire más el dedo, doña Ursula. Cuidado,

Santita; que el maligno anda siempre en acecho de una debilidad.

SANTA. No hay cuidado.

TADEA. Porque no ignoro la formalidad de usted, precisamente le digo que se guarde mucho de la hora del diablo; que usted vive muy falta de cariños y el señor comandante lleva tres años en adoración..., y con eso hay leña sobrada para una buena hoguera.

SANTA. Es un amigo, nada más que un amigo.

TADEA. Póngale el nombre que guste, pero guárdese. Tadea la aconseja bien.

ESCENA VIII

Dichos y *Esperanza*, por la izquierda.

ESPE. ¿Qué le aconseja?

TADEA. Nada...

ESPE. Siento que en mi casa hablen ustedes de lo que yo no pueda enterarme.

URSU. ¡Eso no, señora! Que hubo un poquito de conversación entre doña Santa y el primo Alvaro, y le decíamos a ella, por decir, que no escuche...

ESPE. ¿Hablasteis?

SANTA. Sí...

ESPE. Lo prudente es que no vayas al baile; quitando ocasiones, quitas peligros. Dí que te duele la cabeza...

SANTA. Lo diré. *(Recoge su labor, y mutis con Ursula, que la habla, por la derecha.)*

ESCENA IX

Dichos; el *Marqués de Montrove,* de frac, por la derecha.

TADEA. ¿Ya está vestido?...

MARQ. Eso parece...

TADEA. ¡Mucho va a divertirse hoy!

MARQ. No lo creo. Voy muy gustoso, porque Sol tiene el capricho de ir.

TADEA. Buen marido, sí lo es... Mire que en Campanela los ponen de ejemplo: "felices y dichosos, como los Marqueses de Montrove"...

MARQ. Y lo somos.

TADEA. Que les dure. *(Mutis por la derecha.)*

MARQ. Gracias.

ESCENA X

Doña Esperanza, Marqués, Tirso, Acisclo, Alvaro y el *Padre Muiños,* por la izquierda (saludos).

MARQ. ¿Qué hay del Padre Muiños?

TIRSO. Lo hemos persuadido. Cuando un señor Magistrado, tan respetable como don Acisclo, todo ciencia y todo prudencia, le exhorta en los mismos términos que nosotros, mucha razón debemos tener.

P. MUI. Y yo le agradezco, mi señor don Tirso, sus afectuosas manifestaciones, igual que al señor Presidente.

ACIS. Me lo preguntaron y dí mi parecer leal. No es que desapruebe todas las palabras y todas las opiniones de usted, no, señor; pero digo que en las colectividades no puede prevalecer el criterio del inferior, porque eso sería la demolición del edificio social.

P. MUI. Evidente...

ACIS. ¿Usted no cree que habrá alguna ley que yo estime, yo, personalmente yo, como ineficaz, como inadecuada, como injusta tal vez?... Pues sí, señor, las hay, y, sin embargo, al presentarse la oportunidad, la aplico en toda su extensión y en todo su rigor.

P. MUI. ¿Hay oportunidad para aplicar una ley injusta?

ESPE. *(Indignada.)* ¡Padre Muiños!

ACIS. Yo le contestaré. Sí, señor, las hay. ¿Y por qué las hay? Porque mi criterio personalísimo de

Presidente de la Audiencia no puede sobreponerse al criterio definitivo del Tribunal Supremo; porque mi opinión individual es preciso que desaparezca y se anule ante el texto de la ley vigente.

P. MUI. *Dura lex.*

ACIS. *Sed lex.* Exactamente. Lo que yo puedo hacer y hago es informar a mis superiores y a la Comisión de Códigos de todas las deficiencias que observo en la práctica, para que las corrija y las rectifique quien debe... Pero mientras no sean rectificadas con autoridad, yo sigo y seguirá aplicando la Ley íntegramente.

MARQ. Es un criterio, sí...

TIRSO. El único. ¿Va el comandante a discutir la orden de su coronel? ¿Va el Juez a negarse a cumplimentar la acordada de la Audiencia? ¿Va el Párroco a interpretar las Sinodales? ¡No! ¡Evidentemente, no! Y eso es el orden, eso es la vida...

ALVA. El orden social, sí; la vida, no, don Tirso; no...

TIRSO. ¿Cómo, cómo?

ESPE. ¡No empieces a replicar en militarote, Alvaro!

ALVA. *(Yendo.)* No, tía Esperanza, no...

P. MUI. *(Aparte al Marqués.)* Lo que ellos defienden, como si no hubiera más cosas que defender, es la disciplina de las personas y el escalafón de las ideas, pero la vida, no; al contrario, eso es aprisionarle la vida y ponerle un candado al entendimiento de los que no son Jefes o Primados...

MARQ. Más bajo, Padre Muiños, más bajo. Las casas tienen oídos y las calles tienen bocinas que llevan el eco a demasiados sitios... y hoy han de perdonarlo a usted.

P. MUI. Cierto, cierto. Es mucha razón la de estos señores.

ESPE. *(Siguiendo su conversación con Alvaro.)* Mejor será que no hablemos de nada; porque me dolería profundamente el llegar a convencerme de

que un caballero, y sobrino mío, pudiera dedicarse a turbar la paz de una señora honesta.

ALVA. ¿Se refiere usted a Santa?

ESPE. No sé a quién me refiero

ALVA. No se preocupe usted por ella, que es tan rígida, tan inflexible..., ¡tan loca!

ESPE. ¡Alvaro!

ALVA. *(Corrigiéndose.)* Tan loca mi ambición, que jamás se realizará.

ESPE. No tengo duda de la respuesta de ella, pero a mí no me satisface ni aun el que se la obligue a negar. No lo olvides, si aprecias en algo el afecto con que te recibimos en esta casa. *(Alvaro se inclina sin responder.)*

MARQ. ¿Y los pequeños?

ESPE. Duermen, pero intranquilos. A cada instante se despiertan.

ALVA. *(Aparte al Padre Muiños.)* ¡Padre Muiños, la crueldad de los felices es horrenda!...

P. MUI. Ya lo sé... ¿Por qué lo dice ahora, don Alvaro?

ALVA. Como el señor presidente a sus pleitos y a sus causas, la tía Esperanza aplica a los cariños y a las pasiones la misma ley implacable, severa y rectilínea...

P. MUI. Hay que dispensarlos. Están muy arriba..., y toda rebelión, aun no yendo contra ellos mismos, empieza por ser una injuria en el ánimo de los que viven muy bien y muy a gusto por las alturas de la tierra.

ALVA. No hablo ya de mí, ni del afán que yo puedo sentir por esa mujer...; pero ¡es una injusticia tan grande la que se comete con esa pobre Santa!...

P. MUI. ¿Es una injusticia? Pues la pondremos al ladó de otras muchas que nadie remedia.

ALVA. ¡Yo lucharé por salvarla!

P. MUI. Deje, don Alvaro, deje. Día vendrá en que el montón llegue al cielo, y entonces, compadecido el cielo, las quemará todas juntas de una sola vez!

ALVA. Bien hará; pero mientras no lo hace, yo segui-

ré llevando mi fuego a Santa y a su desdicha.

P. MUI. Usted sabrá...

ESCENA XI

Dichos; Piluca, luego *Sol, Santa, Ursula, Tadea* y *Mariquiña,* por la derecha.

PILU. Doña Esperancita...

ESPE. ¿Qué quieres, Piluca?

PILU. Vengo de embajadora. *(Entonándose.)* Doña Sol de San Payo y de Espiñeira, marquesa de Montrove, pregunta si pueden recibirla vuesas mercedes, a ella y a su traje de París, de *chez Paquin.*

MARQ. *(Sonriendo y siguiendo la burla.)* ¿Qué opinan ustedes? ¿La recibimos a ella y a su traje?

ESPE. A ver qué será...

MARQ. *(Entonado.)* Que entre Sol.

P. MUI. El, el...

MARQ. Lo diremos como usted desea. Que entre el Sol. *(Mutis Piluca; en seguida vuelve con las demás.)*

ACIS. ¡Bravo!

P. MUI. Muy precioso.

ALVA. Una monada de vestido.

SOL. ¿Verdad?

MARQ. Una maravilla.

SOL. ¿Te gusta?

TIRSO. ¿Qué dices tú?

ESPE. Yo digo que me parece de un atrevimiento escandaloso.

SOL. ¡Alto! Con eso ya contábamos, mamá. *(Entonada.)* ¡A mí, pajes y camaristas! *(Adelantan Santa, Piluca y Mariquiña, con gasas, un acerico de alfileres y una cajita de imperdibles. Natural.)* Y tú dispondrás hasta dónde cubren.

ESPE. Más subido. Más subido... Así.

SOL. Traje de París, ya te convertiste en traje de Campanela. *(Mientras Santa y las chicas trans-*

forman en vestido alto lo que fué vestido escotado, siguen hablando.)

ALVA. Aún queda todavía encantador.

SOL. Y de más abrigo; la salud gana con eso.

ESPE. Y la corrección.

P. MUI. *(Aparte al Marqués.)* Si fuera tan fácil cambiar de ideas...

SOL. Señor presidente...

ACIS. Marquesa...

SOL. Como usted ve, hemos traído gasa de sobra. La que sobre se la voy a mandar

ACIS. ¿A mí? ¿Para qué?

SOL. Para las sentencias. Créame que algunas estarán bastante mejor un poco más veladas.

ACIS. Tiene usted razón, y nosotros también la tenemos. Muchas veces empleamos expresiones duras, pero gráficas, en honor a la verdad y a la justicia; porque realmente, no se puede andar con ambigüedades, cuando se trata de la vida y de la libertad de las personas.

SOL. Esa es la mía, don Acisclo. Cuando uno se juega la vida, hay que ir muy claro, muy derecho y muy decidido, sin cuidarse para nada de que a los demás les escandalice un concepto o una resolución.

ESPE. No digas eso, que la opinión ajena...

SOL. *(Atajándola.)* ¿En las cosas menudas? ¡Qué duda cabe! En las cosas menudas, la opinión ajena debe ser la opinión propia. ¿Ponemos más gasas?

ESPE. *(Aspera.)* No.

P. MUI. Tan de acuerdo estoy, señora Marquesa, en abdicar de las convicciones propias...

ESPE. Usted es un rebelde, padre Muiños.

TIRSO. Un díscolo.

ESPE. Y mucho temo que hayamos de arrepentirnos de este favor que hoy se le hace.

P. MUI. Señora...

TIRSO. Mucho lo tememos.

P. MUI. Don Tirso...

SOL. ¡No lo atosiguéis! Es un hombre honrado, un sacerdote ejemplar...

TIRSO. Nadie le recrimina su conducta, sino sus palabras.

SOL. ¿Contra la religión?

ESPE. TIRSO } *(A un tiempo.)* No.

P. MUI. ¿Contra el dogma? ¡Si mis labios hubieran proferido herejía, antes que llegara el anatema, yo mismo habría puesto un hierro candente a mis labios!

MARQ. *(Abrazándole.)* No le acusan de eso, no...

SOL. Que reclama con cierta viveza de los procedimientos y de los modos de algunos superiores.

ESPE. ¿Te parece que no es suficiente?

SOL. ¡Yo no le animo a seguir en la lucha: al contrario, le quito toda la razón en ese punto y le aconsejo vivamente que ceda, que transija, que se amolde... pero a solas él y nosotros, me guardo mucho de llamarle rebelde por que defienda un mísero pedazo de pan con un poco de energía!

TIRSO. ¡Eso es alentarle!

SOL. ¡No, padre, no; qué ha de ser!

P. MUI. *(Aparte al Marqués.)* Cuando habla, para mí es como si amaneciera un nuevo día de bondad...

MARQ. Que usted merece...

P. MUI. Dios se lo pague... ¡y yo cuando lo permita ¡Dios!

SANTA. Ya está.

SOL. Pues arreglaos vosotras, que va siendo hora. *(Salen por la derecha Ursula, Tadea, Piluca y Mariquiña.)*

ACIS. De la Audiencia irán todos, incluso el Secretario.

ALVA. Y de mi Cuerpo, hasta el oficial de guardia ha pagado su billete.

SOL. Muchas gracias en nombre de los pobres... y en el mío. ¡Vamos, Santa, vamos!

SANTA. Yo no voy al baile... Me duele mucho la cabeza...
SOL. Toma aspirina... y vístete.
SANTA. No... Dispensa que no te acompañe.
SOL. ¿Te lo han prohibido?
SANTA. No, no...
SOL. Pues entonces... *(Interrumpiéndola.)* ¿Tienes fiebre?
SANTA No... neuralgia nada más.
SOL. Pues entonces, vé a vestirte, Santa; te lo suplico...
ESPE. Si estás ya bien, vístete, sí... *(Mutis Santa por la derecha.)*

ESCENA XII

Sol, Esperanza, Tirso, Marqués, Alvaro, el *Padre Muiños* y *Acisclo.*

TIRSO. Haces mal en obligarla.
SOL. No la obligo Sé positivamente que tenía una gran ilusión por acompañarme; alguien ha debido quitarle esa ilusión y darle ese dolor de cabeza en que no creo.
ESPE. Por motivos muy poderosos.
SOL. No los niego, madre. Pero esa pobre Santa lleva muy seguido su calvario y resulta cruel el privarla de tan pequeñísimas expansiones.
ESPE. ¿Soy yo la cruel?
SOL. Tu voluntad, no; tu intención, no... pero tus mandatos, a veces sí lo son.
TIRSO. ¿Supongo que no censurarás a tu madre?
SOL. ¡No! *(Abrazando a los dos a un tiempo.)* Y si vosotros habéis visto en mis palabras algo irrespetuoso, yo os pido perdón y mil veces más perdón otra vez. Pero no puedo remediarlo. ¡Me subleva toda injusticia!
TIRSO. No comprendo de qué injusticia te quejas tú.
SOL. De la nuestra.
ESPE. ¡No hacemos mal a nadie!
SOL. No. Pero por lo mismo que somos muy felices,

mucho, muchísimo, temo un poco que no haya algo de injusticia a favor nuestro.

ACIS. Que dure, que dure...

SOL. Y pudiendo ser, don Acisclo, sin que nos lo quiten a nosotros, que se reparta, que se reparta...

TIRSO. Eso está perfectamente.

SOL. Soy muy dichosa, lo son todos los de mi casa; tengo un marido tan bueno, que si no fuera mi marido, le iría a pedir si lo quería ser...

MARQ. *(Riñéndola afectuoso.)* Sol...

P. MUI. Ahora amanece para usted, señor Marqués.

SOL. Tenemos salud, fortuna, honores... ¡todo el bien se acumula en nosotros! Pero en medio de tanta suerte, me indigna y me sonroja el que a a nuestro lado haya una pobre mujer condenada a sufrir eternamente por hombres inicuos y por leyes absurdas.

ACIS. ¡Santa!

SOL. Santa, sí, señor; y cuando alguien de los míos le cercena una parte de sus contadas alegrías, me causa el efecto de que somos nosotros los culpables de toda su desventura.

P. MUI. *(Aparte a Alvaro.)* El sol va alzándose para todos y el amanecer es ya día claro...

ESPE. Es una gran desgracia la suya...

SOL. Para ella, sí, una gran desgracia; para todos los demás, una gran vergüenza; que es bochornoso el que ninguno sepa cómo se ampara a una mujer burlada y desvalida.

ESPE. ¿Qué dices, Sol?

TIRSO. ¿Qué dices, hija?

MARQ. Una verdad, Alvaro...

ALVA. ¡Una verdad, Antonio!

P. MUI. ¿Una verdad nada más? Muchas, muchas...

SOL. ¡Y si yo estuviera en su caso, después de pedir todos los consejos imaginables, después de pedir que estudiaran todas las leyes habidas y por haber, si me dijeran, como a ella, que no había una ley para deshacer el agravio de otra ley, creo que pasaría muy pronto por en-

cima de las leyes, defendiendo mi vida y mi felicidad!

ESPE. ¡Qué horror!

TIRSO. ¿Qué dices, hija?

ACIS. ¡Señora Marquesa!...

SOL. ¿No tendría razón, padre Muiños? Si le cerraban todas las puertas, si le acosaban en todos los caminos, ¿no tendría razón para echar campo a traviesa?

P. MUI. No sé, no sé... Soy muy poco yo para resolver un caso tan grande...

ESPE. ¿Pero tú oyes, Tirso?

TIRSO. ¡Desdícete, desdícete! Sol de San Payo, la Marquesa de Montrove, la sobrina carnal de Su Eminencia el Prelado de Campanela, no puede decir en sano juicio esas blasfemias.

SOL. ¿Tan criminal soy, por tener compasión de una infeliz?

ESPE. No es la compasión...

SOL. Si os molesta, pongamos que no lo dije y que no lo volveré a decir jamás.

TIRSO. Así, así...

SOL. Pero pongamos también que lo pienso y que lo seguiré pensando.

ESPE. ¡No, no!

TIRSO. ¡Vamos a peor! ¡Desdícete!

ESCENA XIII

Dichos y *Paca*, por la izquierda.

PACA. Señorita, lloran los niños...

SOL. Voy a consolarlos.

TIRSO.. *(Deteniéndola.)* ¡Desdícete, desdícete!

SOL. Esto es más urgente, padre... *(Y sonriendo se desase de don Tirso y mutis por la izquierda, seguida de la criada, casi brincando.)*

P. MUI. Bienaventurados los que lloran, cuando tienen quien los consuele...

ESCENA XIV

Dichos, menos *Sol* y *Paca.*

ACIS. Esto es una ráfaga de exaltación, de nerviosidad; pero ella no piensa así, no. ¿Contra la santidad de las leyes? No, no.

TIRSO. Los nervios, sí, señor; evidentemente.

ESPE. El diablo habla en la casa, Tirso...

TIRSO. Evidentemente...

ESPE. Pídele a Su Eminencia alguna reliquia y celebremos una solemnísima función de desagravio...

TIRSO. Muy bien, me parece muy bien. Lo extraño, Antonio, es que tú no hayas intervenido para hacerla entrar en razón.

MARQ. Yo pienso como ella, don Tirso...

TIRSO. ¿Tú también? Mañana hay que confesar, Esperanza. Evidentemente, estamos en pecado mortal... ¡Evidentemente!

ESCENA XV

Dichos. Don Antero y *Marcelo,* por el foro.

ANTE. ¿Se puede?

ESPE. Señor Doctoral...

ANTE. *(Hábitos de seda, palabras de seda y mirada de acero.)* Mi señora doña Esperanza...

ESPE. ¿Es el hermano? ¿El Cónsul? *(Saludando.)*

ANTE. Viene a pasar unos meses conmigo; después de quince años de ausencia. *(Presentándole.)* Don Tirso... el Marqués de Montrove...

MARC. ¡Antonio!

MARQ. ¡Marcelo! *(Se abrazan.)*

ANTE. No me dijiste que lo conocieras.

MARC. Al Marqués de Montrove, no.

MARQ. Heredé el título de mi tío Gaspar.

MARC. Pero a Antonio Vilson, muchísimo. Fuimos con-

discípulos en Granada, y luego en América camaradas e íntimos amigos.

TIRSO. El señor Presidente de la Audiencia... Mi sobrino Alvaro... El padre Muiños...

ANTE. Desde hoy, un amigo nuestro. Hasta hoy...

P. MUI. ¿Hasta hoy, señor Doctoral?

ANTE. No quiso usted serlo.

P. MUI. No supe...

ESCENA XVI

Dichos, y *Primitiva* por el foro.

PRIMI. Señora... ¡ay, señora!

ESPE. ¿Qué te pasa?

PRIMI. ¡Ay, qué espanto! Yo no quería ir, pero me mandó doña Santa y fuí por obediencia. ¡Bien castigada vengo, por andar sola de noche!

ESPE. ¿Qué fué, mujer?

PRIMI. Al pasar por las Animas... ¡ay, qué espanto!

MARC. ¿Qué es lo de las Animas?

ANTE. Una parroquial y antiguamente cementerio.

TIRSO. ¿Qué fué? Acaba.

PRIMI. Pues le vi que bailaban unas luces en el atrio. Cerré los ojos... recé de firme... y pude pasar sin que me hicieran daño los difuntiños.

ANTE. Eso no fué mucho, Primitiva.

PRIMI. Aguarde, aguarde; que el horror viene ahora. Iba ya casi confiada y al revolver la esquina de la rúa, mismo donde está la botica de don Anselmo, que dicen que se la traspasa a un sobrino, a uno rubio que tiene junto de él hace dos años...

ESPE. Bueno, bueno... anda el horror.

PRIMI. Verá. Por allí iba, como le dije... ¡y de pronto me quedé más muerta que viva! ¡Oí que tocaban la campana pequeña de San Miguel!

ANTE. No puede ser. Esta noche las campanas de Campanela dormirán silenciosas.

PRIMI. Ya lo sé. ¡Por eso le digo que me quedé más muerta que viva!

ESPE. Soñaste...

PRIMI. ¡Ay, no, señora; que me pellizqué y todo, por si era cosa de sueños!

ANTE. Delirios tuyos.

PRIMI. Aguarde, agüarde. Como el sonido era clarísimo, entré muy decidida a preguntarle a Roque, el campanero, y me dijo: "No, señora, doña Primitiva"—ya sabe que es muy fino, que es de Cambados—"no, señora, doña Primitiva; hasta mañana, a las siete, no subiré a la torre, para la primera misa."—¿Y no hay nadie en el campanario?—"No, señora, ¿qué ha de haber?—¿Y usted no oyó tocar?—"No, señora; ya sabe que cuando voltea sola, es que San Miguel se lo permite al demonio, y entonces no la pueden oír más que las personas para quienes va la desgracia; para los demás oídos, no suena."

ANTE. Muy supersticiosa eres.

PRIMI. Déjese de burlas, señor Doctoral. ¿No la oyeron, doña Esperanza?

ESPE. No, mujer.

PRIMI. ¿Nadie de la casa?

TIRSO. Nadie.

PRIMI. ¿Y más entonces, será la señal para mí? ¡Ay, Dios! Bueno, después de todo, más vale que no sea por ustedes; que yo anduve ya lo que había de andar... y conmigo no se pierde nada en este mundo. *(Afligiéndose.)* Y sé que ustedes han de rezarme.

MARQ. Vamos, no seas boba...

PRIMI. No lo seré, no, señor; pero récenme, récenme...

ESPE. *(Abrazándola.)* No pases miedo, Primitiva...

PRIMI. ¿Me la dejan poner una veliña a la Dolorosa?

ESPE. Sí, todas las que quieras...

PRIMI. Y récenme, récenme... ¿Me lo juran?...

ESPE. Sí, sí... *(Se la lleva por la derecha.)*

ESCENA XVII

Dichos, menos *Esperanza* y *Primitiva;* luego, *Paca,* por la izquierda; después, *Sol,* por la izquierda.

ANTE. Es gana de intranquilizarse con un dolor imaginario.
P. MUI. ¿Usted no cree en aparecidos ni en trasgos?...
ANTE. No, señor. ¿Y usted?...
P. MUI. Yo tampoco; pero creo en los que creen... y tengo lástima por ellos.
ANTE. Cuídese de lo suyo, Padre Muiños.
P. MUI. Ya empiezo a cuidarme sólo de lo mío... pero eso no se aprende en un día. Dispénseme...
PACA. ¡Ya está ahí el coche del señor Cardenal!
TIRSO. Pues avisa. *(Mutis Paca por la derecha; por la izquierda, todos, menos el Padre Muiños.)*
SOL. El Arzobispo.
P. MUI. *(Inclinándose.)* Su Eminencia...
SOL. No tiemble, Padre Muiños; ya verá usted cómo es muy amable.
P. MUI. No lo dudo. Y ahora estoy reposado de espíritu... Es mi superior, de su voz depende mi vida; pero aunque fuera el mismo dragón infernal que San Jorge aniquiló, yo no temblaría con el ángel a mi lado.
SOL. ¡No exagere tanto, que eso no está bien!

ESCENA XVIII

Dichos: Santa, Ursula, Tadea, Mariquiña, Piluca y *Esperanza,* por la derecha. Luego, por el foro, el *Cardenal,* seguido de su familiar y los demás que salieron a recibirle.

ESPE. ¿Es el Cardenal?
SOL. Sí, mamá.
CARD. *(Entrando.)* Buenas noches nos dé Dios...
ESPE. Buenas noches, primo y señor Cardenal. *(Le besa el anillo.)*

CARD. *(Dando a besar el anillo a Sol.)* ¿Y tus pequeños, Sol?

SOL. Duermen ya. *(Las demás mujeres también se acercan a besar el anillo, arrodillándose Ursula y Tadea, a quienes alza el mismo Cardenal. Mientras, dice él:)*

CARD. Para complacer tu piadoso capricho de que yo os bendiga antes de ir a una profana diversión, aquí me tienes, prima doña Esperanza de Espiñeira, cruzando las calles en las altas horas de la noche.

ACIS. Son poco más de las once...

CARD. Todo es relativo, señor Presidente, y en mis costumbres, esto pasa por excepcional. Pero no quise negarme: primero, por la razón de parentesco, y segundo, por calmar ese escrúpulo de vuestra conciencia, y porque el venir a esta morada, que Dios protege con especial delectación, es honrarme siempre.

TIRSO. Y añadir honra a la nuestra.

SOL. Tío Alfonso...

CARD. ¿Qué quieres, hija?

SOL. Presentarle al Padre Muiños...

CARD. Ya os he dicho que sí...

P. MUI. *(A quien Sol trae desde el rincón en que humildemente se ha quedado, y rodilla en tierra.)* Eminentísimo Señor...

CARD. Conozco su arrepentimiento y sus propósitos de enmienda. Si están en su corazón, yo le perdono de buena voluntad y me cuidaré de que no le falte el auxilio material. Alce, Padre Muiños.

P. MUI. *(Besando el anillo.)* Eminentísimo Señor...

CARD. Vaya mañana a Palacio.

SOL. ¡Muchas gracias!

CARD. Y preparaos vosotras, que yo deseo recogerme pronto.

MARQ. Vamos...

SOL. Vamos. *(Mutis, por la derecha, el Marqués, Sol, Santa y las demás mujeres, menos Esperanza.)*

ESCENA XIX

Dichos, menos los citados en el mutis.

ALVA. ¡Enhorabuena, Padre!

P. MUI. Pero yo he debido decir algo, disculparme siquiera...

ALVA. No, no; se entenderán mejor siempre, no diciendo usted nada.

ESPE. Siéntate. ¿Quieres un chocolate muy claro? ¿Un dulce?...

CARD. No...

TIRSO. ¿Una copita de tostado?

CARD. No, nada. Sentaos vosotros. *(Se sientan únicamente el Cardenal y Esperanza.)*

ESPE. Ahora, cuando les digas unas palabras, como tú sabes decirlas, te agradeceré que hagas una alusión a la conveniencia de moderar ciertas expresiones.

CARD. ¿A quién?

ESPE. A Sol.

CARD. ¿Y eso?

TIRSO. Tengo la convicción de que ella misma no ha medido el alcance de sus palabras; pero no está bien, ni aun inconscientemente, que ampare rebeldías y que discuta leyes.

ESPE. Llegó a sostener que ella, en el caso de la pobre Santa, no se conformaría eternamente a someterse...

ACIS. Una aberración momentánea de Sol, señor Cardenal.

ALVA. ¡Una caridad para Santa, señor Cardenal!

ESPE. ¿Qué opinas tú?...

CARD. *(Que ha mirado a unos y a otros fijamente.)* Que es una desdicha...

ESPE. ¿El que hable así, verdad?

CARD. Sí... ésa es otra desdicha. Y yo reprenderé a tu hija, porque no es ella la llamada a dar consejos tan graves y tan difíciles.

ANTE. Creo, como Vuestra Eminencia, que el caso es muy arduo y aquí, en el ambiente de Campanela, muy peligroso para discutido.

MARC. Aquí, es muy posible que sea un problema; por el mundo, no lo es tanto, que hay otras leyes más benignas que las nuestras.

CARD. Quizás... pero estamos aquí, en Campanela. *(Entra por la derecha Primitiva y coloca, encendida, la vela rizada al pie del crucero de la mesa.)*

MARC. Y a ninguno de nosotros nos puede extrañar que el marqués de Montrove tenga las ideas más amplias.

ANTE. Sí, ya sabemos que el marqués estuvo por América.

MARC. Estuvo, aún no es el término exacto; vivió allí, allí se casó la primera vez.

TIRSO. ¿Que se casó?

ESPE. ¿Quién?

DOCT. ¿Antonio?

MARC. Yo los visitaba mucho; pero a ella dejé de tratarla cuando se divorciaron, y no quise hacer amistades con el nuevo marido.

CARD. Pero ¿usted de quién habla, señor Cónsul?

MARC. De Antonio, señor Cardenal.

ESPE. ¡No puede ser!

TIRSO. Está usted equivocado.

ANTE. *(Cogiéndolo para prevenirlo más.)* Tienes que estar equivocado.

CARD. Confunde usted la persona.

MARC. La persona, no...

TIRSO. ¡Pero esto es absurdo! Ahora mismo le convenceremos a usted. *(Llamando.)* ¡Sol!

ESPE. ¡Sol!

MARC. Estaré equivocado, sí... Ya no insisto.

ESPE. *(Cogiéndose a Tirso, inquieta.)* No puede ser, ¿verdad?

TIRSO. ¡Claro que no puede ser!

MARC. Pero aun siendo, no veo qué gravedad ni qué conflicto...

ANTE. *(Severo.)* ¡No sabes lo que dices!
ALVA. *(Al Padre Muiños.)* ¿Será cierto?
P. MUI. Y el mismo sol llegará al ocaso y creerán los hombres que no ha de brillar más.
TIRSO. ¡Sol!

ESCENA XX

Dichos; Sol y *Santa,* con el capuchón y el antifaz puesto.

SOL. ¡Ya estamos, ya estamos!
TIRSO. ¡Quítate ese antifaz! ¡Pronto! ¡Pronto!
SOL. *(Quitándoselo.)* ¿Qué pasa?
TIRSO. ¡Quítate el dominó y acabe la mascarada! ¡Pronto! ¡Pronto!
SOL. *(Se lo quita, dejándolo caer a sus pies.)* Pero ¿qué pasa, padre?...
CARD. Sol de San Payo, ¿tú sabías que Antonio fuera casado?
SOL. ¿Cómo casado?
CARD. Antes de acercarse a ti.
SOL. *(Riendo y poniéndose el antifaz.)* ¿Es una broma?
TIRSO. ¡Quítatelo! ¡Quítatelo!
SOL. *(Quitándoselo.)* Pero ¿qué decís, que no os entiendo?
CARD. Que Antonio se divorció de otra.
SOL. ¿Antonio? *(No comprendiendo aún. Con angustia.)* ¿Antonio? *(Violenta contra ellos.)* ¡Mentira vuestra! *(Llamando.)* ¡Antonio! ¡Antonio!
TIRSO. ¡Antonio!

ESCENA XXI

Dichos: Antonio, con el gabán y el sombrero puesto, trae del brazo a *Piluca* y a *Mariquiña,* disfrazadas; detrás, sin disfrazar, *Ursula y Tadea.*

MARQ. Aquí estoy.
SOL. ¡Díles que mienten!
MARQ. ¿En que?
SOL. ¡Primero díles que mienten! ¡Díselo, díselo!
MARQ. Pero ¿en qué?
SOL. En que estuviste ya casado.
MARQ. No mienten.
SOL. ¿Que no mienten? ¿Es verdad?
MARQ. Es verdad.
SOL. ¡Antonio! ¡Anto...! *(Le falta la voz y cae en brazos de Santa y de Tirso; las mujeres dejan el brazo del Marqués y se quitan los antifaces; el Marqués se descubre y permanece inmóvil. Pausa. Se oye la campana lejana y queda.)*
P. MUI. ¡Por si muere, bendígala, Señor!
MARQ. ¡Por si vive, bendígala más aún, Señor!
PRIMI. ¿Oyen? ¿Oyen? ¡El diablo voltea en San Miguel! ¡La desgracia está en la casa! ¡Recen! ¡Recen!
CARD. *(Bendiciendo a Sol.)* En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... *(Arrodillada al pie del crucero.)*
PRIMI. ¡Por la pobriña mal casada! ¡Recen, recen!

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. En la mesa sigue ardiendo, y casi consumido, el cirio que alumbra a la Dolorosa.

ESCENA I

Antonio, de frac, con la pechera arrugada, el lazo de la corbata deshecho y el botón del cuello desabrochado, está medio tumbado en una butaca. Pausa. Luego *Primitiva,* por la izquierda.

PRIMI. *(Acercándose lentamente y con gesto de conmiseración.)* Señorito... que son las nueve de la mañana... venga a tomar el desayuno. ¿Quiere que le traiga el chocolate?... ¡Mire que se lo hice yo misma del que mandan las monjitas de Santa Clara!... ¿No quiere? ¿Le sirvo un tazón de cascarilla para beber un sorbo? ¿No quiere tampoco?

ANTO. *(Que niega con gestos decaídos, cogiéndola del brazo.)* Primitiva, ¿cómo está?

PRIMI. ¿La señorita? Da miedo cómo está. No habla, no responde, no se queja... pero tiene los ojos abiertos como si mirara a un fantasma; ¡y así toda la noche!... Yo no he visto nunca un dolor tan callado y tan quieto... y eso que le pusimos en el corazón un hueso de Santa Apolonia; pero se conoce que hoy no le tiene virtud nada sobre ella. Igual que la tumbamos ayer en la cama, así está ahora. Sólo tempranito, al tocar a misa las monjas, me llamó con la mano y me dijo: "¡Es la campana pequeña de San Miguel!..." ¡No, señora, no; que es en las monjitas!... Se sonrió una miajita, como si ella supiera mejor que yo en dónde tocaban... ¡y le digo que daba miedo el ver aquella risa de los labios con aquel resto de la cara tan parado y tan de cera!...

ANTO. Hoy da miedo todo...

PRIMI. Con razón. Cuidado que le llevo dicho cosas de tristeza para hacerla llorar a ver si llora y se le rompe el nudo de la amargura... pero yo me imagino que no entiende lo que le hablan. ¿Sabe lo que me parece a mí?... Que le llevaron el alma de este mundo como le pasó hace años a una de Negreira, que también por una pena muy grande estuvo sin alma tres días y tres noches, y cuando le volvió, tuvieron que explicarle lo que le pasara en aquel tiempo, que ella no se lo recordaba.

ANTO. Puede ser...

PRIMI. Así Dios me salve como puede ser. Yo la he conocido; era hija del notario, uno que llamaban don Manuel, y a ella, doña Socorro..., y quedó tan mudada con aquella ausencia del espíritu, que hasta el cuerpo se le enflaqueció... *(Pausa.)* ¡Anímese un poco!... Mire que la lleva muchas horas en esa butaca, y eso no puede ser bueno. *(Pausa.)*

ANTO. *(Cogiéndola del brazo)* ¿Llueve, Primitiva?...

PRIMI. Llueve, sí, señor. ¿No escucha el agua en los cristales y en las piedras del balcón?... *(Pausa.)* ¿Por qué no se cambia de ropa? *(Viendo que no contesta nada, desiste de animar aquel mármol y va a la mesa.)* Ya podías tú, Dolorosiña, pasar una mano por estos dolores y hacer un gran bien a gente honrada... ¡Como se lo pidieras al Hijo que tienes en el regazo, no te lo negaba, no!... *(Mira a la Dolorosa, luego mira a Antonio, y apaga la luz, recogiéndola.)*

ESCENA II

Dichos: Santa, por la derecha.

SANTA. *(Después de mirar a Primitiva y de que ésta, haciéndole señas de lo abatido que está Antonio, se retira por el foro, coge una silla y se sienta al lado de Antonio.)* ¿Cómo te encuentras, hombre?...

ANTO. *(Sonriendo a la fuerza.)* Bien.

SANTA. El padre Muiños estuvo ya tres veces a informarse de vosotros; pero no se atrevió a molestaros...; dijo que volvería. *(Pausa.)* La abuela ha mandado los nietos junto a la tía Concha.

ANTO. Hizo perfectamente...

SANTA. ¿Sabes que llamaron al Doctoral y al Presidente de la Audiencia para consultarles?

ANTO. Por sabido, Santa, por sabido. Ahora vendrán los padres de Sol, vendrá el Eclesiástico, vendrá el Magistrado..., y en nombre de la Sociedad, de la Iglesia y de los Tribunales, flagelarán mi carne dolorida con el látigo de sus iras y de sus amenazas... Por sabido, Santa, por sabido.

SANTA. Era inevitable que consultaran...

ANTO. Lo comprendo... y no lo rehuyo. La angustia no es por mí; es por ella. *(Cogiéndola del brazo y con ansia.)* ¿Cómo está?...

SANTA. Aniquilada. No dolorida, ni indignada, ni aterrorizada...; no, no; aniquilada, deshecha, como un muñeco a quien le saltó el resorte y se queda inmóvil.

ANTO. Eso tenía que ser... El sufrimiento vendrá luego cuando recapacite y se dé cuenta. Y entonces... ¿qué valdrá más para Sol? Nuestro cariño, nuestro hogar en rebeldía y en tormenta... ¿o la quietud beata de la familia, de los amigos, de la casa, de los muebles?... ¿Se dejará arrastrar por el impulso de humanidad que ha de traerla hacia mí..., o vencerán en ella las tradiciones, los consejos y el ambiente mismo de esta muerta ciudad de Campanela?

SANTA. ¡Yo qué te voy a decir!

ANTO. Ya sé que nadie me lo va a decir... ¡Pero es horrible el convencimiento de que en la hora decisiva ha de influir sobre nosotros y sobre nuestras resoluciones más transcendentales la abrumadora menudencia de la vida material!... Hoy me juego el amor, la felicidad... ¡me lo juego todo, Santa! ¿Estás convencida?

SANTA. Desdichadamente...

ANTO. Bien. Pues no le tengo miedo a la razón del vínculo, no le tengo miedo a la razón de conciencia, no le tengo miedo a la razón de los hijos... ¡Y en cambio, tengo el espanto de que Sol pueda pensar en que ya no irá más por la Rúa Nueva, en que ya no verá más este salón, en que ya no oirá más, al despertarse, las campanas de las monjitas!... Sí, Santa, sí...; ¡¡a este apego de las cosas materiales, a este lazo de las costumbres, a esta garra del ambiente es a lo que yo le tengo miedo!!

SANTA. A todo, a todo.

ANTO. A todo, sí; pero a esto, más. Si tú no vivieras en un pueblo que mide los pasos y analiza las amistades y regula la existencia de los afectos...; si tus acciones no las juzgara nadie más que tú y si Alvaro pudiera hablarte donde tú sola le escucharas... Alvaro sería ya feliz.

SANTA. *(Levantándose.)* ¡No! Aquí o fuera de aquí, yo seré siempre la misma.

ANTO. *(Suavemente.)* Nadie es lo mismo en un día de lluvia y de frío que en un día de luz y de calor... El que se halla prisionero no piensa lo mismo que hallándose libre... y la opinión de una ciudad pequeña no es la misma que la de una gran ciudad...

SANTA. Te suplico que no insistas, porque el hablarlo solamente es ya una ofensa en la casa de los San Payo.

ANTO. Cierto. La ofensa a la casa, al nombre, a la ciudad, al ambiente... ¡Ya estamos otra vez cogidos por la garra! *(Pausa; levantándose.)* ¿Tan envidiable es tu suerte?... Tu suerte de abandonada, de ultrajada, ¿es tan envidiable para que a todos nos la aconsejes?

SANTA. No hay otro remedio...

ANTO. A eso vamos precisamente: a buscar el remedio y la protección que nos deben los demás hombres. ¡No hay por qué resignarse con el mal que se puede evitar!

SANTA. Y siendo rebelde..., ¿disminuirán tus penas?

ANTO. Las mías..., las mías no lo sé; las de otros, seguramente que sí.

SANTA. Tú sabrás lo que haces; yo no quebrantaré nunca lo mandado.

ANTO. Fíjate bien en lo que yo digo. Primero... ¡primero!, ampararse de los Tribunales, someterse a los trámites, acatar los fallos..., ¡eso, primero! Después..., fíjate bien: después, cuando no haya leyes aplicables ni haya solución para nuestros conflictos; cuando respondan, como a mí, ¡nunca!, o como a ti, ¡dentro de treinta años!, ¡entonces la ley es tu vida y por ella debes guiarte únicamente!

SANTA. No, Antonio, no...

ANTO. Entonces, la ley es tu muerte. Mal haces en escogerla. *(Santa baja la cabeza resignada. Antonio, entristecido por aquella pasividad, vuelve a sentarse decaído. Mutis Santa, por la derecha.)*

ESCENA III

Antonio, Tirso, don Acisclo y el *Doctoral,* por el foro.

DOCT. Buenos días, señor Marqués... *(Antonio se levanta rápidamente y se inclina.)*

TIRSO. Deseamos hablarte. No queremos que puedas alegar nunca que se adoptó una resolución extrema sn oírte previamente.

DOCT. Y usted apreciará la delicadeza del señor don Tirso no dirigiéndole un reproche ni una censura.

ACIS. Una gran delicadeza en las circunstancias actuales.

DOCT. Y dispense usted que intervengamos, pero demandan nuestra opinión... Si usted no se opone nos convendría conocer por usted mismo los antecedentes de este asunto deplorable.

TIRSO. Si hay un recurso humano de salvación, a él queremos ir; si no lo hay, que se cumpla en nosotros la voluntad de Dios...

ACIS. ¿Tiene usted inconveniente en referirnos...?

ANTO. Ninguno. *(Les invita a sentarse y él continúa de pie.)* Mi madre, española, se casó con un americano del Norte. En uno de los viajes que hicieron por España, nací yo, en Granada. Allí volví años después para seguir mi carrera de abogado y una vez terminada fuí a revalidar los estudios en Nueva York naturalizándome súbdito americano para ejercer la profesión en el bufete de mi padre. *(Pausa.)* Me casé muy joven.

DOCT. ¿Canónicamente?

ACIS. ¿O sólo matrimonio civil?

ANTO. También canónicamente. Lo exigió mi madre.

TIRSO. Era su deber de madre.

ANTO. Duró poco la paz..., y a los dos años pedimos el divorcio.

DOCT. Usted debió oponerse.

ANTO. ¿Para qué?... Allí la ley civil es soberana... Pasó un año más y ella se casó nuevamente. *(Pausa.)* Y a mí, aun convencido del perfecto derecho a esa boda, me parecía que el mundo se me caía encima, y enfermé de rabia y de tristeza sin atreverme ni a salir a la calle, por el temor a encontrarme con ellos.

DOCT. Eso traen esas leyes.

ANTO. Si las otras no trajeran esto escogería las otras. Pero son peores. Aquéllas dan una vergüenza y un dolor de un día..., de un año... ¡Estas lo dan eternamente!

DOCT. ¡No es cierto!

ANTO. ¿No es cierto? ¡Resuelva usted el caso de Santa! ¡El mío!

ACIS. No discutamos ahora.

ANTO. Bien. Mi madre logró que me permitieran volver a Europa, y vine a refugiarme en casa de mi tío el marqués de Montrove, que vivía solitario en sus tierras de la Ulla. Allí estuvimos va-

ríos años juntos y solos; murió y yo seguí recluído, hasta que un día vino el apoderado a notificarme que era urgente arreglar lo de la herencia, porque vencían los plazos, exponiéndome ya a pleitos y a multas. Y en su afectuosa recriminación por aquel aislamiento inconcebible, añadió: "Parece mentira, don Antonio, que con posición, con salud y con treinta y un años, no disfrute usted un poco de la vida..." Cuando él vino, eran las diez de la mañana; cuando me llamaron a las dos para almorzar, aún seguía yo diciéndome a mí mismo: "Tienes treinta años. Antonio... ¿por qué no vives? ¿Por qué te obcecas en guardar un luto ridículo a un sentimiento sin razón y sin lógica?..." ¡Y aquella mañana resucité! *(Pausa.)* Vine a Campanela para firmar unas escrituras; conocí a Sol, me dejé llevar del encanto irresistible de su belleza y de su bondad, y queriendo ir honradamente en busca del tesoro de amor que me brindaba acudí a los sabios ministros del Tribunal de la Rota para que me iluminaran y me guiaran...

DOCT. No podían.

ANTO. Eso contestaron: "No puede ser, no será nunca". Acudí a la Nunciatura Apostólica...

ACIS. Igual dirían.

ANTO. Igual me dijeron: "¡Nunca!..." Acudí a postrarme a lo pies del Soberano Pontífice, y me dieron la misma respuesta inflexible: "¡Nunca!..." Y yo, desesperado, me preguntaba a mí mismo sin cesar: "Pero ¿por qué no ha de ser nunca?"

DOCT. El vínculo subsiste

ANTO. Pero ¿por qué ha de subsistir? ¿Por qué esa obstinación en afirmar que no se rompe lo que está ya roto?

ACIS. De hecho; no de derecho.

ANTO. ¿Y qué derecho tengo yo con una mujer que está ya legalmente casada con otro hombre? ¿Qué derecho? ¿Cuál? ¿Cuál, señor Presidente? ¿Cuál, señor Doctoral?

ACIS. Ninguno.

DOCT. Ninguno, sí; pero el vínculo...

ANTO. El vínculo es una ligadura espiritual que ata a dos personas. Una soy yo. ¿Y la otra? ¿Cuál es la otra? No la hay... Pero ¿no ven el absurdo de esta conclusión? ¿No le ven?

DOCT. Usted materializa la cuestión, y nosotros hablamos del lazo divino, que ata en la tierra y sigue atado en la otra vida.

ANTO. ¿Más allá de la tierra?... El viudo que contrajo segundas o terceras nupcias, ¿se hallará ligado en la otra vida con dos mujeres o con tres mujeres?... No, no; ¿usted no dice eso?

DOCT. No.

TIRSO. Claro que no.

ANTO. Por consiguiente, el lazo espiritual se rompe aquí en la tierra, lo mismo y en el mismo momento que el lazo corporal. Y entonces, ¿por qué han de poner abrazaderas de hierro para sujetar lo que es de tierra y de barro nada más?

ACIS. Nosotros no podemos abolir la legislación.

DOCT. Ni los Concilios; singularmente el de Trento.

ANTO. ¿No? ¿De veras, no? Si el señor Doctoral cree en la eficacia de todos los Concilios..., o no los recuerda todos o se verá muy apurado para explicar sus contradicciones.

DOCT. Cada uno fué obra de su tiempo y respondía a una necesidad social.

ANTO. Exacto, rigurosamente exacto. Y eso es lo que yo pido: que vayan las leyes con los tiempos, que no apliquen a la vida de hoy las actas conciliares del siglo diez y seis..., y a eso me fueron contestando: "¡¡Nunca, nunca, nunca!!..."

TIRSO. *(Aparte al Doctoral.)* ¿No tiene razón?

DOCT. No

ANTO. Y esto que pido, que ruego, que imploro..., tengo además derecho para exigirlo, con palabras que no son mías: "A Dios, lo que es de Dios; al César, lo que es del César..."

DOCT. No sé cómo exigirá usted con ese testimonio...

ANTO. El Estado, rey o república, ¿es el César? ¿Hay Estados que conceden validez a las nuevas uniones?

ACIS. Algunos...

ANTO. ¡Pues bien, negándole esa validez a cualquiera ley de cualquier nación, ya no le dan al César lo que es del César!

DOCT. Eso no es ser buen católico...

ANTO. ¡Pero si yo quiero serlo! ¡Si yo quiero someterme y lo que suplico precisamente es que me indiquen la manera! ¿Qué he debido hacer, señor Doctoral? Yo no contraje voto de castidad... ¿Puedo buscarme una compañera?

ACIS. Sí.

ANTO. Entonces puedo casarme.

DOCT. No.

ACIS. No.

ANTO. Entonces... ¿el consejo es que busque una amante?

DOCT. ¡No!

ANTO. Entonces, ¿qué? ¿Qué he debido hacer? Díganmelo, que yo estoy pronto a la obediencia.

ACIS. Vamos a otro punto, vamos a otro punto.

ANTO. ¿Sin resolver el que yo planteo; es decir, dejándome que lo resuelva yo?... Vamos a lo que usted quiera, señor Presidente.

ACIS. ¿Cómo arregló usted los papeles para figurar como soltero?

ANTO. No tuve que arreglar nada. Siendo súbdito americano, nadie pensó en avisar al cónsul español; cuando necesité aquí los documentos para la herencia me dieron la partida parroquial y la del Registro, sin anotación alguna y apareciendo, por consecuencia, completamente libre.

ACIS. Debió usted rectificarla.

ANTO. No lo hice de momento porque el expediente retrasaría la posesión de la herencia, y lo úni-

co importante era mi personalidad, no mi estado.

ACIS. ¿Y por qué no rectificó usted después?

ANTO. Después..., porque no supe lo que había de poner en esa rectificación. ¿Soltero?... No, puesto que estuve casado. ¿Casado? No, porque no tengo mujer. ¿Viudo? No, porque no se ha muerto. Mi situación legal es la de divorciado; pero como ésa no es una situación legal en España, no la admitirían en el Registro civil y menos aún en los libros parroquiales. Y no pudiendo inscribir la anotación como soltero, ni como casado, ni como viudo, opté por no poner nada, dejando las cosas tal cual estaban.

ACIS. Mal hecho. Esa omisión se castiga con la multa de cincuenta a doscientas pesetas, según...

ANTO. ¿Es la multa lo que usted considera grave hoy?...

ACIS. ¡Oh!, no, señor...

TIRSO. ¿Qué opina usted, señor Doctoral?

DOCT Desgraciadamente, hay pocas dudas: que este segundo matrimonio es nulo, y que procede la inmediata separación de los cónyuges.

TIRSO. Es verdad... *(Y, agobiado, queda en profunda meditación.)*

ANTO. ¿Y usted, señor Presidente?

ACIS. Lo mismo. Que adolece de vicio de nulidad, y que hemos de suponerlo no efectuado, salvando todos los respetos y todas las consideraciones para esa desgraciada señora. Y en cuanto al señor Marqués, me veo en la dolorosa precisión de manifestarle que está comprendido en el artículo cuatrocientos ochenta y seis del Código penal, y le corresponde la pena de prisión mayor, en sus grados...

ANTO. ¿Por delito de bigamia?

ACIS. Claro.

ANTO. Pero bígamo es el que tiene dos mujeres. ¿Cuáles son las dos? Sol, una.

ACIS. Y la de allá, dos.

ANTO. ¿La casada con otro? ¿La que tiene un marido

y una familia legítimamente constituída? Pero ¿de veras me dice usted que esa mujer es mía? ¿De veras será usted capaz de condenarme por un delito que a usted le consta positivamente que no cometo, que no puedo cometer, que hay imposibilidad material de cometerlo?... ¿Tendría usted conciencia para firmar ese fallo?

ACIS. Es de los casos en que informaría ampliamente a la Comisión de Códigos; pero mis sentimientos han de acallarse a la fuerza existiendo el artículo cuatrocientos ochenta y seis taxativo y terminante.

ANTO. ¡Ay, señor Presidente! ¿Enmudece la conciencia de usted para condenarme y pretende usted que proteste la mía para defenderme?

ACIS. *(Disculpándose.)* El artículo cuatrocientos ochenta y seis...

DOCT. Vamos, señor don Tirso, un poco de valor en la adversidad...

TIRSO. *(Levantándose aplanado.)* No está casada, no... Pero entonces, ¿cuál es la situación legal de mi pobre hija?

ACIS. Soltera.

DOCT. Soltera.

TIRSO. *(Espantado, como si no comprendiera.)* ¿Soltera?

ANTO. ¡No, don Tirso, no! ¡Casada! ¡Mal casada, si yo soy un mal marido! Siendo yo quien soy, bien casada ante Dios y ante los hombres.

DOCT. Ante nosotros, no.

ANTO. Yo no hablo de ustedes; hablo de los que tienen entrañas y misericordia...

DOCT. *(Llevándoselo.)* Valor, don Tirso, valor, que usted ha de confortar a los suyos y es usted el patriarca de la familia... *(Mutis por la derecha el Doctoral y Acisclo, llevándose al desdichado patriarca. Antonio queda inmóvil.)*

ESCENA IV

Antonio; el *Padre Muiños,* por el foro.

P. MUI. *(Acercándose humildemente.)* Buenos días, señor Marqués...

ANTO. *(Cariñoso, pero triste.)* Hola, padre Muiños.

P. MUI. ¿Se reposó algo?... Pregunto por preguntar, que de obra estoy impuesto en las inquietudes de la gran batalla de su espíritu...

ANTO. De la gran derrota, padre...

P. MUI. Válgame la Virgen... *(Reparando en el desorden de la ropa)* ¿No se acostó?... ¿Por qué no se muda siquiera? Ya sé que no le importa en estos momentos...; ¡pero le debe importar! ¡Si viera qué buena razón es un traje nuevo y un cuellecito limpio!... Hoy pasaron mis manteos hasta el mismo despacho del señor Secretario de Cámara; nunca me vi en otra, señor Marqués... ¡Múdese, don Antonio, múdese; que le han de medir la firmeza del juicio por la hechura de la ropa!

ANTO. No me sorprendería.

P. MUI. Y si quiere escuchar la voz de este clérigo humildísimo, que fué muy loco y ya lo tornaron en muy cuerdo..., póngase el uniforme, si lo tiene, y las grandes cruces, si se las concedieron, que todo ello le dará brillo a la persona, y el brillo es razón en muchos lugares oscuros de este pícaro mundo.

ANTO. Lo sé, lo sé... ¿Y usted, habló con el señor Cardenal?

P. MUI. Hoy ha suspendido las audiencias; ya se ocupará de mí en otra ocasión, que lo mío no es de apuro... Lo de ustedes, lo de ustedes...

ANTO. ¿Sabe, padre, que me amenazan con la prisión?

P. MUI. ¿Serán capaces?

ANTO. No me causa ninguna zozobra; que yo tuve buen cuidado de no perder mi nacionalidad

yanqui, en previsión de que pasara cualquier día lo que pasó ayer.

P. MUI. Hizo bien en prevenirse; que atropellan, atropellan...

ANTO. Pero aun no existiendo temor personal a esta amenaza, es muy sensible el tener que precaverse, cuando uno debía ir seguro y confiado en la justicia y en los juzgadores.

P. MUI. Pero eso no es. ¿Y sabe por qué no es? Porque son llamados a juzgarnos los que no sufren ni han sufrido nunca del mal de que les pedimos remedio. Puede que yo diga un dislate, que siempre anduve pisando por el error y muy vecino de la irreverencia; pero a mí me parece que debía de ser atinado y justo el que se formaran los Tribunales con personas que padecieran del mismo dolor que han de juzgar.

ANTO. Eso es un delirio, padre...

P. MUI. Sí, señor. El delirio de que al hambriento lo juzgue quien tenga hambre; al humillado, quien no tenga puesto de soberbia; al perseguido, quien no tenga hora tranquila..., y al que padece de amor y de pasión de amor, que no le juzgue ni le sentencie quien ha renunciado voluntariamente a saber lo que es amor

ANTO. Entonces no condenarían a nadie y seríamos todos perdonados.

P. MUI. ¿Todos perdonados por tener lástima unos de otros?... Vendría a ser como si todos nos quisiéramos fraternalmente..., y ese día con seguridad que temblaba de satisfacción y de gozo El que marchó a pie enjuto por las aguas del mar y El que subió luego a la montaña para decirnos desde allá: "Amaos los unos a los otros..."

ANTO. Mal momento es para recordármelo...

P. MUI. Perdone, señor Marqués. Equivocándome en las ideas, no es muy extraño que también equivoque los momentos. Múdese, múdese; que en esto erraré menos...

ANTO. Igual me da.

P. MUI. Hágalo entonces por complacerme. Venga, ¿quiere?

ANTO. Vamos... *(Mutis los dos por la izquierda.)*

ESCENA V

Alvaro; luego *Santa* y *Primitiva;* por el foro entra y aguarda *Santa* y *Primitiva,* por la derecha.

ALVA. ¿Cómo están?

SANTA. Figúratelo...

PRIMI. Han hecho levantarse a la señorita y ahora quedan todos encerrados, aconsejándola y predicándola. Yo le voy a rezar un poco, don Alvaro, a ver si el Espíritu Santo les alumbra los sentidos a esos señores, que a mi parecer le hay más peligro en esa reunión que en las mismas barrabasadas que hizo el señor Marqués.

SANTA. No digas desatinos...

PRIMI. Puede que los esté diciendo, que yo no me las doy de sabidurías...; pero el miedo a la curia no se me le quita ni con los años.

SANTA. Reza, reza, que será mejor.

PRIMI. A eso voy. Y a la puerta del cuarto, por si hago falta. *(Mutis por la derecha.)*

ESCENA VI

Santa y *Alvaro.*

ALVA. La casa se hunde, Santa. Se acabó la paz y vienen las ruinas y la dispersión. ¿Qué va a ser de ti, Santa?...

SANTA. No hables ahora de mí.

ALVA. Por ellos nada podemos hacer.

SANTA. ¿Nada?...

ALVA. Lamentarse, compadecerse... y decírselo; pero todo eso no vale la pena de creer que es algo a favor suyo.

SANTA. ¿Será irremediable el rompimiento?

ALVA. Irremediable.

SANTA. ¿Y anularán el matrimonio?

ALVA. Seguramente. Esa ley, que no hay para invalidar un matrimonio desdichado, como el tuyo, la habrá para deshacer un matrimonio feliz, como el de ellos.

SANTA. Alvaro...

ALVA. ¿Te salta a los ojos la injusticia, verdad? Y, sin embargo, te resignas. ¡Es inexplicable, Santa, inexplicable! *(Pausa. Volviendo al tono de razonamiento.)* La casa se hunde, es cruel..., ¡conformes! Es inhumano..., ¡conformes! Pero es evidente, y hay que buscar otro refugio a toda prisa.

SANTA. No lo tengo, Alvaro.

ALVA. Eso te digo: no lo tienes... ¡y hay que tenerlo!

SANTA. Imposible. Aunque yo cometiera la locura de seguirte..., ¿no ves tú mismo, en lo que está pasando aquí, que nadie nos justificaría?

ALVA. Nadie. Pero ¿quién te ampara de esos que no te justificarán? ¿Ninguno? Pues mira, Santa: preocuparse por la opinión futura de los que no te han de valer ni en lo futuro ni en el presente, me parece más loco todavía.

SANTA. Es cierto; pero siquiera me consta que tengo la estimación de todos.

ALVA. ¡Gran cosa tienes! Los pésames de las visitas, las palabras que te digan en la calle y las tarjetas del día del santo... ¡Con bien poco te conformas!

SANTA. Ya sabes tú que hay más.

ALVA. Sí; pero a ese más no quieres ir.

SANTA. *(Poniéndose seria.)* No.

ALVA. ¿Y por qué?... Escúchame, Santiña, escúchame. Si te queda una esperanza, una, por remota que sea, de poder encauzar tu vida con la honestidad complementaria de los contratos y de las fórmulas sociales, no hagas caso de mis ruegos y sigue adelante por el camino de esa esperanza Si no te queda ninguna, y si en el fondo de tu alma tienes la evidencia de que

eres libre y no haces traición a nadie..., ven conmigo.

SANTA. No, Alvaro, no

ALVA. Y ni aun eso te pido tan siquiera. No vengas conmigo; que yo no sea para ti más que lo mismo, exactamente lo mismo, que soy ahora... Pero marcha tú de Campanela.

SANTA. ¿Marchar de aquí?

ALVA. Campanela es tu enemigo... y el mío. Créeme, Santa; deja una ciudad que llora siempre con el agua de sus lluvias... que gime diariamente con el monótono son de sus campanas... que conserva gustosa los viejos caserones y los muebles viejos. Créeme, Santa: deja una ciudad que ama las nubes durante el día, y los fantasmas durante la noche, y elige una ciudad que goce en la luz y en el bullicio y que ame la alegría, que es el único bien de los mortales.

SANTA. También Antonio habló hoy contra mi amada Campanela.

ALVA. Y Antonio, claro. Todo el que no sea de mármol o de granito ha de protestar contra la tristeza de las cosas que añaden a la vida una tristeza más innecesaria y permanente.

SANTA. Tú pensarás como gustes, pero yo no abandonaré la casa, y menos cuando en ella sufren los que me quieren.

ALVA. Es que yo también te quiero y también sufro y también me marcho de aquí.

SANTA. *(Cogiéndole de un brazo.)* ¡Alvaro!...

ALVA. Ya he solicitado al Ministerio que me trasladen de guarnición para ver si concluyo de una vez con esta lucha absurda con lo imposible. Oyeme, Santiña... óyeme, Santa; que como a una santa, yo te pongo en mis adoraciones.

SANTA. *(Retrocediendo.)* No, no.

ALVA. *(Avanzando.)* Te quiero...

SANTA. No, Alvaro, no...

ALVA. *(Cogiéndola de un brazo.)* Te quiero, Santiña mía.

SANTA. *(Espantada, pero sin moverse.)* ¡Alvaro, Alvaro!

ALVA. *(Abrazándola con delicadeza.)* Y por una palabra de cariño, te daría la vida y aún te quedaba agradecido, Santa del corazón.

SANTA. No, no, no.

ALVA. *(Al verla sin acción la abraza con alma, y quiere besarla.)* Santa...

SANTA. *(Forcejeando.)* ¡No! ¡No! ¡No! *(Cuando logra desprenderse, rígida y altiva, señalándole la* puerta.) Marcha.

ALVA. Perdóname...

SANTA. Marcha.

ALVA. Fué un vértigo de amor... ¡Perdóname, Santa de mi alma!

SANTA. *(Impasible.)* ¡Marcha!

ALVA. ¡Santa! ¡Santa! ¡Santiña! *(Al verla impasible, cambiando el tono de súplica por el de resolución firme.)* Marcho de aquí, de la casa, de Campanela... *(Pausa.)* Mándalo tú.

SANTA. Marcha.

ALVA. ¿Para siempre?

SANTA. Para siempre.

ALVA. *(Rígido también.)* Adiós, entonces..., y perdona. Perdona, Santa de San Payo... Alma de mármol, voluntad de granito, corazón con nubes... ¡Santa de Campanela... perdona! *(Mutis por el foro.)*

ESCENA VII

Santa, un momento inmóvil, avanza lentamente, grave, pero vencida ya; al llegar a la puerta de la izquierda se echa a llorar convulsivamente y en silencio, apoyándose contra la pared. Pausa. Luego, *Primitiva,* por la derecha.

PRIMI. Ya terminó la consulta de los sabios... *(Acercándose.)* ¿Qué le pasa?

SANTA. *(Queriendo sonreír.)* Nada...

PRIMI. Bueno, creeré que nada. *(Mirando al balcón.)*

¡Jesús, cómo llueve! Se le pega a una en los huesos y en la misma alma este caer agua tan seguido, y le dan a una ganas de escapar de aquí buscando un pueblo más...

SANTA. *(Interrumpiéndola con ira.)* ¡Calla!

PRIMI. *(Asombrada.)* ¿Qué dije de malo?... Mentira no fué, que yo sepa...

SANTA. *(Con su dulzura de siempre.)* No, no... pero calla

PRIMI. Bueno. Andan los nervios como tirabalas, ¿eh? No es usted sola...

ESCENA VIII

Dichas; Sol y *doña Esperanza,* por la derecha.

SANTA. *(Corriendo a ella.)* ¿Qué te han dicho, Sol?... ¿Qué han dicho, madre?

ESPE. Que la pobre no tiene culpa de nada; que son para ella todos los respetos y todas las consideraciones; pero que desde hoy, desde ahora mismo, se ha de apartar de ese hombre; y si no lo hiciera desde ahora mismo, sería tan culpable como él.

SOL. Más, dijeron más.

ESPE. Que los Tribunales castigarían el delito, reservándole a Sol todas las ventajas del cónyuge inocente.

SOL. Eso no me importa.

ESPE. Y que para evitar la vergüenza de la cárcel y del pleito mismo, le propondrán que se ausente, comprometiéndose por escrito a no volver a Campanela.

SOL. Más, más; dijeron más. Que no estoy casada; que no lo estuve nunca...

PRIMI. *(Persignándose.)* ¡Jesús, María!...

SOL. ¡Y en eso mienten por la boca!

ESPE. ¡Sol! Que hablas de personas respetabilísimas...

SOL. De ellos hablo y ellos mienten.

PRIMI. ¡Claro que mienten!

ESPE. Tú a callarte, ¿eh?...

SOL. No estaré ya casada, si las leyes deshacen mi matrimonio... ¿pero que lo estuve? ¡¡Con todas las leyes, con todos los sacramentos y con toda la santidad de lo que se hizo a conciencia y con el buen consejo de mis padres, de mis jueces y de mi confesor!!

PRIMI. *(A media voz.)* Claro que sí...

SANTA. *(Abrazándola.)* Sol, Sol...

ESPE. Bien, bien... Tiempo tendremos para discutir lo pasado. Vamos a lo presente. Llama al que fué tu marido y que él escoja entre salir de la casa o que salgamos nosotros.

SOL. *(Decayendo de súbito en sus energías.)* Luego, madre...

ESPE. No. Inmediatamente.

SOL. *(Acongojándose.)* Luego, luego...

ESPE. No. Es preciso afrontar la situación de una vez.

SOL. ¡Ay, madre! *(Agobiada, se deja caer en la butaca, llorando silenciosa y con la cara escondida entre las manos.)*

SANTA. ¿Quiere usted que le hable yo?...

ESPE. *(Suavemente.)* Ha de ser ella... Debe quedar resuelto hoy lo de los hijos, lo de la ausencia... todo. A ver si quiere Dios, por lo menos, evitarnos el sonrojo del escándalo...

PRIMI. *(A media voz.)* No se desespere, señorita; no se desespere...

SANTA. Ella lo verá, sí; pero déjela un momento...

ESPE. ¿Qué adelantamos con aplazarlo?... Más intranquilidad, más angustia... y seguir en pecado mortal, mientras se viva bajo el mismo techo. ¿No lo comprendes, Santa?

ESCENA IX

Dichos, y el *Padre Muiños*, por la izquierda.

P. MUI. Dispensen que yo les interrumpa... Vengo mandado por el señor Marqués de Montrove.

ESPE. ¿Qué quiere?

P. MUI. Está ya vestido para abandonar la casa... *(Sol se levanta vivamente, mirando ansiosa al Padre Muiños, éste se desconcierta, baja la mirada y ya no se atreve a alzarla en todo el resto de la escena.)*.

ESPE. *(Reprendiéndola a media voz.)* ¡Sol! *(Pausa.)* Concluya su recado, Padre Muiños.

P. MUI. Decía yo... decía yo que está dispuesto a dejar la casa para mayor sosiego de ustedes; pero antes quiere despedirse de la señora Marquesa.

ESPE. No necesitamos despedidas.

P. MUI Fué una expresión torpe... No dijo despedida el señor Marqués, dijo conferencia, entrevista.

ESPE. ¿Exclusivamente para tratar asuntos?

P. MUI. Asuntos, sí, señora.

ESPE. ¿Y sin mezclar una palabra inoportuna de afecto ni de perdón?

P. MUI. Yo no puedo garantizarle a usted lo que recíprocamente se dirán.

ESPE. Por Sol responde su madre.

P. MUI. Y yo... si consideran que yo soy alguien... les confirmo la actitud respetuosa y conciliadora del señor Marqués de Montrove.

ESPE. Terminemos. Diga usted que le aguardan y que le agradecerán los minutos que ahorre de esta penosa entrevista.

P. MUI. Se lo diré. Y dispénsenme todos, que mandado vine y mandado voy. *(Mutis por la izquierda.)*

ESPE. Quiero hacerte el merecido favor de figurarme que no necesitas de la presencia de nadie para conservar tu dignidad de mujer y tu orgullo de madre. Vete, Primitiva. Vamos, Santa. *(Mutis por la derecha.)*

SANTA *(A quien Sol coge vivamente como para que no la abandone; desprendiéndose blandamente.)* Ten ánimo.

SOL. *(Dejándose desprender.)* A la fuerza lo tendré. *(Mutis por la derecha, Santa.)*

ESCENA X

Sol y Primitiva.

PRIMI. Yo no la voy a dar consejos, señorita, ni sé yo quién tiene razón entre todos los que se la quitan unos a otros; pero que tiene usted razón, a mí no me cabe duda ninguna, señorita.

SOL. ¿En qué la tengo?

PRIMI. En lo que usted dice de ser casada.

SOL. Lo fuí.

PRIMI. ¡Y lo es! A mí no me lo va a contar nadie, que lo vi yo con mis ojos. ¡No vi yo que los bendijo el señor Cardenal! ¿Y entonces por qué pelean?

SOL. Porque tenía ya otra mujer.

PRIMI. Pues que deshagan lo de la otra.

SOL. Fué primero que yo.

PRIMI. Peor para ella; que en amores, la segunda es la que se lleva la palma sobre la primera. Y además, ¿dónde fué? En la América, ¿verdad? ¿Y va a ser mejor y más cristiano lo que hicieron los herejes que lo hecho en la Santísima Iglesia Catedral Metropolitana? ¡Sólo me faltaba ver eso en este mundo!

SOL. Pero Antonio cometió un delito.

PRIMI. Allá él y que lo echen a presidio a él, y más a todos los americanos; pero usted, casada y requetecasada y muy dignamente casada por el señor Arzobispo y en la Santa Catedral, que lo vei yo.

SOL. Tú dices la verdad, que las leyes no pueden borrar los años de vida íntima, ni los hijos, ni...

PRIMI. *(Interrumpiendo.)* Ni el amor que se tienen ustedes dos.

SOL. ¡No! ¡Amor, ya no, Primitiva!

PRIMI. ¿Y cómo no?... Por muy criminal que sea una persona, como no peque contra el amor, se le irá todo lo del mundo, pero el amor no se le va y echa a andar tras de él...

SOL. ¡Cállate, cállate!

PRIMI. Bueno que yo me calle; pero la verdad es ver-

dad, lo mismo si la digo que si no la digo... y cuando usted platique con él háblele de casada, qúe lo es. ¡Créamelo a mí, que lo es!

SOL. Vete, vete...

PRIMI. Y no se asuste demasiado, que ya le fuí yo de madrugada a ponerle un cirio grande a San Miguel y otro más pequeño al... que está abajo, ¿sabe?

SOL. Sí, vete, vete...

PRIMI. No pase miedo, que por ahí le vamos muy seguros. ¡Créamelo! *(Mutis, Primitiva por el foro.)*

ESCENA XI

Sol, luego *Antonio.*

ANTO. *(Por la izquierda.)* Sol... *(Pausa.)* Sol, perdóname.

SOL. ¡¡No!!

ANTO. Entiéndelo: perdona mi presencia. Nada más que por eso te pido ahora perdón.

SOL. ¿A qué vienes?

ANTO. Primero a verte; después ya no lo sé...

SOL. No añadas la burla, Antonio. Dí lo que deseas, si es que deseas algo, y acabemos.

ANTO. Pronto lo dices... pero en tu mano está el que terminemos pronto; que cuando tú lo dispongas yo habré concluído, irremediablemente concluído.

SOL. Déjate de palabras, que ya sé lo que valen en tus labios. ¿Por qué has mentido, Antonio?

ANTO. He callado.

SOL. Es igual.

ANTO. Es igual. Y si no miento, ¿qué habría pasado? Con tus padres, ya lo ves tú misma... Sin una queja contra mí, y después de once años, no vacilaron ni un segundo para tratarme en criminal y en réprobo. Contigo... ¿qué hubiera pasado contigo? No luchas ahora, que defien-

des marido e hijos... ¿e ibas a luchar antes por un cariño de novios nada más?

SOL. Tú estabas en la obligación de ser leal conmigo.

ANTO. ¿Y decírtelo?... ¿Para que me rechazaras?... No, no...

SOL. Para que te rechazara, sí; eso era lo honrado. Y entonces hubieras merecido mi estimación, que ahora no la siento por ti.

ANTO. Sol...

SOL. ¡No la siento! Es una infamia lo que hiciste con nosotros; una infamia la que heredarán tus hijos, y una infamia eterna la que me aguarda a mí. Pues todo eso, todo, me parece que no es nada todavía al compararlo con la desilusión, con el desencanto, con la amargura inmensa de persuadirme de que el hombre leal y querido no es más que un hombre villano y despreciable.

ANTO. ¡Sol!

SOL. Un hombre que miente, que engaña y que jamás debió quererme, cuando tan decidido fué para causarme tal injuria. ¡Que de haberte inspirado yo algún sentimiento noble habrías tú hecho el sacrificio de todo, incluso de renunciar a mí, antes que llevarme al engaño y a la vergüenza!

ANTO. Y fué al contrario... Lo arriesgué todo, lo jugué todo, y no me arredró nada, con tal de no renunciar a ti... Era el amor tan grande, que todas las demás cosas, absolutamente todas, se empequeñecieron a su lado.

SOL. No lo digas, que tu engaño fué inicuo.

ANTO. Inicuo, es verdad; ni siquiera trato de justificarlo. Pero no estoy acusado de robo, ni de asesinato... Mi culpa es de amor... mi crimen es de amor... y mi condena, la que tú me impongas, ¡condena de amor tiene que ser!

SOL. *(Avanzando.)* ¿Y si es cierto que me querías...?

ANTO. *(Deteniéndola con el ademá.)* Quieta ahí,

quieta. Que ahora ya empiezo a saber claramente lo que necesito yo decirte. ¿Tú aún me preguntas si yo te quería?. . Vamos a verlo, vamos a verlo. Mi posición social es como la vuestra.

SOL. Mayor.

ANTO. Pongamos que están equiparadas. Luego es evidente que no me casé contigo por esa vanidad pueril de emparentar.

SOL. ¡Claro que no!

ANTO. Bien; por riqueza tampoco...

SOL. ¡Tampoco!

ANTO. Bien. Luego es evidente que no me casé contigo por avaricia. Pude haberme casado por el capricho de lograr una mujer hermosa y deseada... Que no era capricho te lo demuestra el tiempo que llevamos unidos, con la misma ilusión de amantes que el primer día... ¿Es cierto?... ¿Sí o no?...

SOL. *(Yendo a él.)* Sí, Antonio...

ANTO. Quieta, quieta. Pero éste es el amor de ayer; ahora te voy a demostrar el amor de hoy. Eres desgraciada por mi causa; no lo serás por dificultad ninguna que te ponga en tu camino; que yo me someto, incondicionalmente, sin réplica y sin protesta, a la decisión que tú elijas. Y lo que tú resuelvas—¡sea lo que sea y por amargo que ello sea!...—, lo que tú resuelvas, eso ha de ser lo que yo cumpla sin vacilar.

SOL. ¿Sea lo que sea?... ¿Sabes a lo que te obligas? ¿De modo que si acuerdan separarnos...-

ANTO. Si acuerdan, no; si acuerdas... que a ti me rindo, pero no a los demás.

SOL. ¿Y si yo lo digo...?

ANTO. Separados.

SOL. ¿Y no vernos?

ANTO. Nunca.

SOL. ¿Y al encontrarnos casualmente?

ANTO. No será posible; marcharé de aquí...

SOL. ¿Y los hijos...?

ANTO. Tuyos son.
SOL. ¿Quedarán a mi lado, conmigo?...
ANTO. Contigo, que es lo justo. Y con la mayor parte de mi fortuna.
SOL. *(Severa.)* ¡Antonio!
ANTO. Que les dejo a ellos. También es justo.
SOL. ¿Y no intentarás verlos ni escribir?... ¿Tendrás valor para tanto?...
ANTO. Lo tendré. Y si alguna vez te preguntan por mí les dirás la verdad, diciéndoles que he muerto...
SOL. ¡No!
ANTO. *(Sonriendo.)* Ya verás cómo se lo dices... ¡y con qué fundamento se lo dices!
SOL. *(Echándose a él.)* ¡Antonio!...
ANTO. *(Cogiéndola amorosamente.)* Pero si esto ha de ser no es mucho el suplicarte que vayas a esa determinación bien enterada. Tu madre acudió al confesonario. Ella te dirá lo que su conciencia le dicte... o lo que le haya dictado su conciencia. Tu padre se asesoró de canonistas y civilistas; él te dirá las leyes que hay... y quizás las leyes que haría falta que hubiera.
SOL. ¿Y tú?... ¿Qué dices tú?
ANTO. ¿Yo? ¿Quieres saber lo que yo te aconsejo?
SOL. Sí.
ANTO. Dí que lo quieres.
SOL. Lo quiero.
ANTO. Pues óyela. *(La abraza lentamente, intensamente y la besa.)* ¿La oyes?... ¿La oyes?
SOL. *(Acongojada, sin fuerza para resistir.)* Antonio... Antonio...
ANTO. La razón de conciencia, la razón legal, ¡la de ellos! y la tuya y la mía, la razón de amor. *(Apartándose.)* ¡Resuelve tú, Sol, resuelve tú! *(Y mutis por la izquierda.)*

ESCENA XII

Sol y *Primitiva*, por el foro.

PRIMI. Señorita, el Eminentísimo quiere verla y ya ha pedido el coche para venir. No se decida sin oírle, que él sabe más que todos.

SOL. *(Que permaneció inmóvil y anonadada.)* No tienen razón...

PRIMI. ¿Quiénes?

SOL. Ellos.

PRIMI. ¿Pues quién la tiene?

SOL. El.

PRIMI. Ya se lo dije yo. Y verá cómo se lo dice también el Eminentísimo.

ESCENA XIII

Dichos: Esperanza y *Santa* por la derecha.

ESPE. ¿Supongo que estará todo terminado entre vosotros?

PRIMI. Aun ha de hablar el señor Arzobispo.

ESPE. El, sí; tú, no.

PRIMI. Bueno, sí, señora; me le callaré con mucho gusto.

ESCENA XIV

Dichos: Acisclo, el *Doctoral, Tirso,* el *Padre Muiños* y *Antonio,* por la izquierda.

TIRSO. Dios nos ha oído; no habrá escándalo.

DOCT. Bastó una palabra para entendernos con el señor Marqués. Se aviene a todo y acepta sin discusión todo lo que propongamos.

P. MUI. Y proponga la señora Marquesa.

DOCT. Es lo mismo.

P. MUI. No lo dije como diferente, sino recordando las palabras del señor Marqués.

ANTO. Esas fueron, Padre Muiños.

DOCT. En sustancia, hemos acordado que los hijos quedarán en poder de la madre y que el señor Marqués se ausentará hoy mismo de Campanela, comprometiéndose por escrito a no volver nunca y a no comunicarse de modo alguno con ustedes. Para los efectos de esta separación y por lo definitiva, más que ausencia, será muerte... ¿Se ratifica usted?

ANTO. Sí. Que ella lo mande.

DOCT. Usted dirá: ¿señora Marquesa?...

ESPE. Que aceptamos.

SANTA. *(Echándose a Sol.)* ¡Ay, no! ¡Eso no lo aceptes tú!

SOL. ¿Por qué, Santa?

SANTA. Porque es horrible lo incierto. Porque no hay pena ninguna que pueda compararse a la de aguardar una pena que no vino hoy, pero vendrá mañana... o mañana... o mañana... ¡No! ¡Eso no!

SOL. ¿Y entonces?

SANTA. No lo sé. Perdonaos...

TIRSO. ¡No!

ESPE. ¡No!

SANTA. ¿No? ¡Pues mataos! ¡Pero de una vez, de una vez! ¡No dejéis pendiente la vida de una ausencia! ¡Acuérdate de mí, Sol; acuérdate de mí!

SOL. ¿Toda la vida como tú? ¡Ay, qué espanto! *(Abraza a Santa, desesperada.)*

DOCT. Claro que es preferible liquidar las situaciones; pero aquí nos falta la posibilidad de hacerlo... y lo único viable es lo que proponemos, ya que, por desgracia, el matrimonio es nulo.

SOL. No...

ESPE. ¿Qué dices?

TIRSO. ¿Te has vuelto loca?

DOCT. Hay el error inicial que lo invalida todo...

SOL. No, no hay error...

ACIS. ¡Evidente!

SOL. *(Desprendiéndose ahora de Santa.)* ¡No... ninguno, ninguno, ninguno!

TÍRSO. ¡¡Sol!!

ESPE. ¡¡Sol!!

ACIS. Usted, como todos, se ha engañado...

SOL. No, y no. Para engañarme, sería preciso que hubiera hecho algo por mí y todo lo hice con anuencia y con aprobación de ustedes, aconsejada por ustedes y dirigida por ustedes... ¡Si hay error, es de ustedes; mío, no; y si hay culpa, es de ustedes; mía, no, no, no!

ESPE. ¿Será posible que discurras así?

SOL. Así, así. Cuando he sentido una inclinación afectuosa por ese hombre, yo no me dejé llevar de mis sentimientos, ni fuí a él por mi exclusiva voluntad, sino que acudí a vosotros. Y tú, padre, y tú, madre, los que en la tierra sois todo para mí, me dijisteis que podía ir confiadamente a ese cariño.

TIRSO. Eso creíamos.

SOL. ¡Pues si lo creíais vosotros, que erais los únicos para guiarme, no hubo error en mí, no lo hubo!

ANTO. *(Abrazándose al Padre Muiños.)* ¡La vida lucha con la muerte, Padre Muiños!...

SOL. Pero esto no fué bastante y yo, mis padres y yo, acudimos al Juez para que legalizara nuestra situación, y el Juez me dijo que podíamos casarnos con la garantía de la Ley.

ACIS. Nos pareció que los documentos venían en regla...

SOL. ¡Pues si ustedes se lo consultaban y a ustedes se lo pareció, no hubo error en mí, no lo hubo! ¡Pero todavía no bastó con esto!... Y autorizada por mis padres y legalizada por el Juzgado, aún quisimos que lo santificaran por la Iglesia. Y como el Juez me dijo: "en nombre de la Ley...", el Cardenal me dijo: "y en nombre de Dios, casada quedas, Sol de San Payo..."

DOCT. Ignorábamos el impedimento...

SOL. ¡Ignorábamos, ignorábamos! ¿Y es razón para destruir una familia el decirme que ustedes ignoraban, cuando la obligación de ustedes es

saber?... ¿Ahora que tengo la vida hecha, el amor consagrado y los hijos en el mundo, ahora vienen ustedes a decirme que hay un artículo: el treinta y dos o trescientos treinta y dos, que lo anula todo? ¡Ay, no! ¡Contra eso me rebelo!

TIRSO. ¡Sol!

ESPE. ¡Hija mía!

SOL. Ustedes se equivocaron antes... ¿Quién me garantiza que no se equivocan ustedes ahora otra vez? ¿Quién? Y si obedezco y después resulta que se equivocaron... ¿quién de ustedes me devuelve la vida feliz que ahora echamos al arroyo y al fango del arroyo?... ¿Quién? ¿Quién?

DOCT. Desdichadamente, no hay duda ninguna...

SOL. ¡Tampoco la hubo antes!

ACIS. Y la legislación está muy clara.

SOL. También lo estaba antes.

TIRSO. No discutas, Sol...

SOL. No, yo no; que lo discutan ellos; pero mientras, no les dejo en prenda mi amor y mi vida. ¡Antonio, defiéndeme!

ANTO. ¡Sol! *(Recogiéndola y llevándosela.)* Mía era y mía vuelve a ser... ¡Dejadla en mí por caridad!

ESPE. *(A Tirso.)* Tirso, Tirso...

TIRSO. ¡Esperanza!

ESPE. En pecado estamos... Que el Señor nos deje tiempo para arrepentirnos.

TIRSO. Amén...

ACIS. Es muy sensible que se coloquen ustedes fuera de la Ley...

SOL. ¿Fuera de la Ley?

ANTO. No temas; el mundo es muy grande y otras leyes nos ampararán.

PRIMI. ¿No le dará dolor dejar su casa tan preciosa?

SOL. ¿Mi casa?

ANTO. ¿Y tu casa no estará en dondequiera que tengas amor y paz?

PRIMI. ¿Pero dejarnos a todos?... ¡No marche, no! ¿Quién le va a dar el caldiño que le gusta tan-

to? ¿Quién le va a despertar para la misa temprana de las monjitas?

DOCT. No será menester que la despierten para eso; que no ha de ir al Santo Sacrificio, ni recibirá Sacramentos.

PRIMI. ¡Ay, Madre de Dios!

SOL. ¿Que me negarán los Sacramentos?

DOCT. Si usted se coloca fuera de la Iglesia y en rebeldía contra sus mandatos..., mientras no vuelva arrepentida...

SOL. *(Pidiéndole siempre defensa.)* ¿Antonio?

ANTO. Con el alma pura, Dios no te apartará de sí.

TIRSO. ¿Y nosotros? ¿El nombre venerable de los San Payo sufrirá ese baldón?

SOL. ¿El nombre?

ESPE. ¿En la familia del señor Cardenal Arzobispo de Campanela, habrá un hereje?

SOL. ¡Madre!

ANTO. *(Al Padre Muiños.)* ¡La garra, Padre Muiños! ¿No ve usted la garra, clavándose ya en la carne?

ESPE. ¿Qué les diremos a tus hijos cuando nos pregunten por ti?

SOL. ¡Mis hijos!

TIRSO. Y si te los llevas, ¿qué les dirás tú de nosotros?

SOL. ¿Mis hijos, Antonio?

ANTO. Puedes decirles que un poco más allá, salvando sólo una línea de frontera, tendrán padre y madre y situación legal y honrada.

DOCT. ¡No la tendrán! Legal, sí; honrada, no; cristiana, no. Y ustedes serán siempre los réprobos... ¡y a usted, sus hijos la acusarán mañana de vivir en pecado!

SOL. ¡No, vivir en pecado, no! Llevar el anatema sobre mí y sobre los míos, no. ¡Quiero vuestra paz! ¡Quiero vuestras leyes! ¡Y quiero también la muerte que nos dais con ellas! *(Echándose desconsolada en brazos de doña Esperanza.)* Obedezco, madre. Decidle vosotros que se ausente de Campanela.

ANTO. ¡Ya está clavada la garra! ¡Misericordia, Padre Muiños!

P. MUI. *(Abrazándole.)* Resignación, hijo mío.

ESPE. Dios nos asiste. Bendito y alabado sea. *(Tiro.)*

SOL. ¡Antonio! ¡Antonio!

DOCT. ¡Se ha matado!

SOL. No; lo matáis vosotros.

ANTO. Vosotros, que no dais más que una fórmula de muerte a la Humanidad que os pide una fórmula de vida... y la Humanidad quie... quie...

SOL. ¡Antonio!

ANTO. Quiere vivir... vi...vir... vivir... *(Muere.)*

SOL. ¡Antonio! ¡Antonio! ¡Vive! ¡Vive!

ESPE. *(Queriendo separarla.)* ¡Sol!

TIRSO. ¡Hija!

PRIMI. ¡Señora!

SOL. ¡Fuera todos! ¡Todos! ¡Dios, él yo nos bastamos en la muerte! ¡Quién sabe si también nos hubiéramos bastado para la vida!

ESPE. ¡Sol!

SOL. ¡Antonio! ¡Antonio!

P. MUI. *Si sis dispositus, ego te absol...*

DOCT. *(Deteniéndole la acción de bendecir.)* ¡No!

P. MUI. *(Muy suavemente, pero con firmeza.)* Sí... sí... *Ego te absolvo in nomine Patris et Fili et Spiritus Sancti.*

TELON LENTO, QUE EMPEZO A CAER EN EL PRIMER "EGO TE ABSOLVO"

EL TEATRO MODERNO

EJEMPLAR: 50 CÉNTIMOS

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Hispano-América		Otros países	
Año.....	Pesetas 24	Año.....	Pesetas 40
Semestre....	» 12	Semestre....	» 24
Trimestre...	» 6	Trimestre...	» 12

PAGO ANTICIPADO

LOS NÚMEROS ATRASADOS SE VENDEN AL MISMO PRECIO QUE LOS CORRIENTES

CONDICIONES DE VENTA

Los pedidos deberán venir acompañados de su importe; y los del Extranjero, salvo Portugal y América y sus posesiones, del 10 por 100, además para gastos de envío

Los pagos se efectuarán por giro postal, en cheque a la vista sobre cualquier Banco de Madrid, en sobre monedero de valores declarados, contra reembolso donde se halle establecido este servicio o en sellos de correos cuando el importe neto no exceda de diez pesetas.

PRENSA MODERNA

A. AGUILERA, 58 MADRID APARTADO 801

Imp. Sáez Hermanos.
Marte, 21. — Madrid.